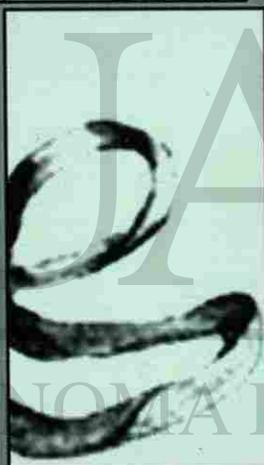
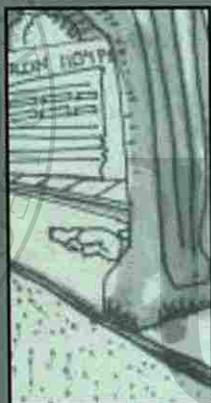


uno de tantos crímenes

Antología de cuentos
Serie *La luz que regresa*

1

F.A.V.



Compilador
Yuri V. Delgado Santos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Facultad de Artes Visuales

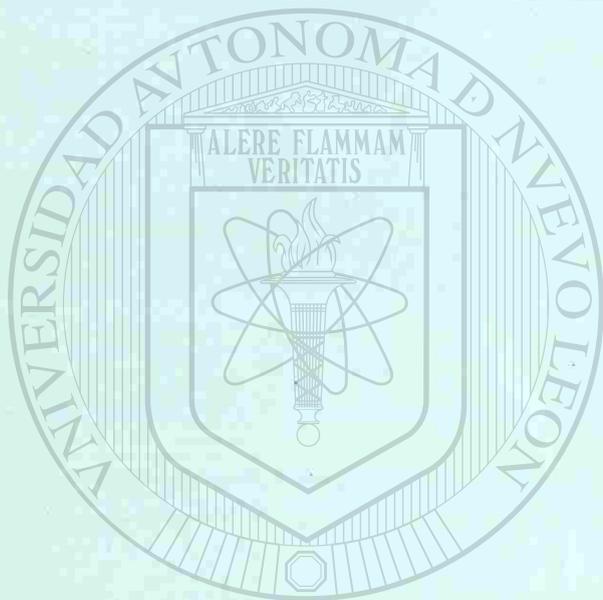
292

F.V.M.Z.

PQ7
.M6
U56



1020133245

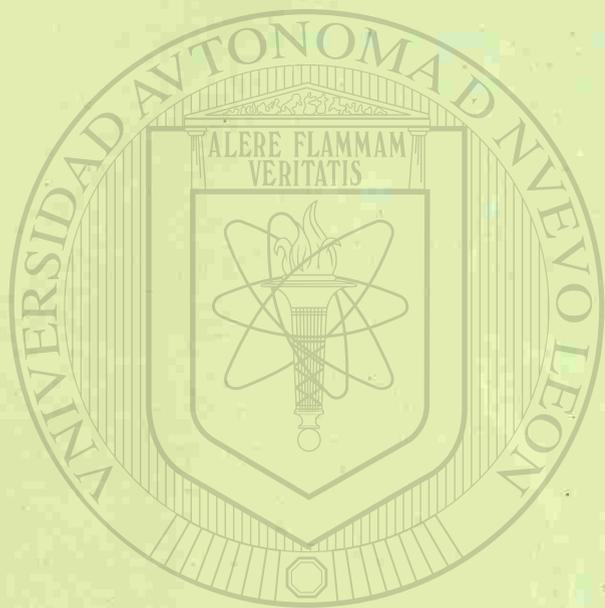


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Uno de tantos crímenes
Antología de cuentos
Serie La luz que regresa 1
F.A.V.

U A N L

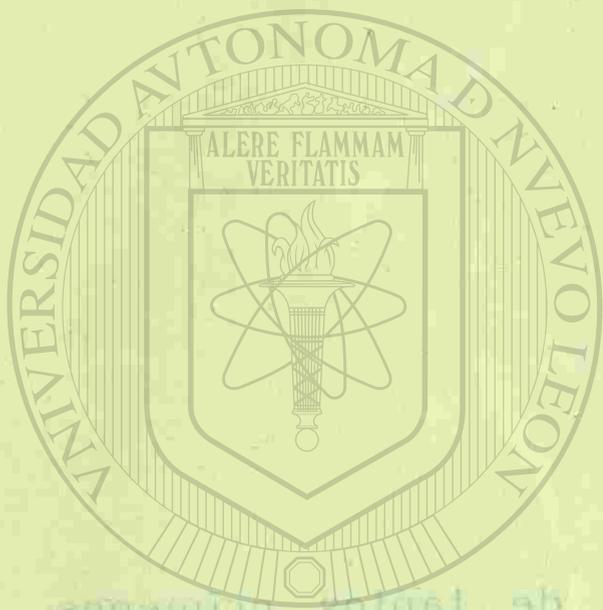
Uno de tantos crímenes
Antología de cuentos
Serie La luz que regresa 1
F.A.V.



Coordinada por
Yuri Viedin y Olga María Santos

Universidad Autónoma de Nuevo León
Facultad de Artes y Letras

2007



U.A.N.L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Uno de tantos crímenes
Antología de cuentos
Serie *La luz que regresa* 1
F.A.V.

Compilador
Yuri Vladimir Delgado Santos

Universidad Autónoma de Nuevo León
Facultad de Artes Visuales
2000



Facultad de Artes Visuales

PQ7292
.M6
U56



FONDO
UNIVERSITARIO

Rector
Dr. Reyes S. Taméz Guerra

Secretario General
Dr. Luis J. Galán Wong

Secretario Académico
Ing. José Antonio González Treviño

Directora de la Facultad de Artes Visuales
Arq. Abigail E. Guzmán Flores

Secretaria Académica
Lic. Hilda Margarita Gutiérrez Ríos

Secretario Administrativo
Lic. Pedro Fernando Hernández Padilla

Coordinador de Publicaciones
Lic. Yuri Vladimir Delgado Santos

Diseño
Berta Isabel Chapa Villarreal

Fotografía
Lic. Irma Magaña Pineda
Mayra Silva Garza

Consejo de Redacción
Lic. Yuri Vladimir Delgado Santos
Mayra Silva Garza
Aranzazú Concepción Mauricio Narváez
Adriana Patricia Rodríguez Villalobos

Viñetas
Yusif Marcos Salas
Carlos Gerardo Velázquez Esquinca
Berta Isabel Chapa Villarreal
Maricela Rodríguez Fernández
César Horacio Alvarado Rodríguez
José Antonio Vázquez Aceves
Karim Jaziel Gauna López
Margarita Felíz Cárdenas González
Yessica Abigail Peña Ramírez
Carlos Israel Guerrero Mata
Gilberto Lázaro López

Salutación

La Facultad de Artes Visuales recibe con un gran abrazo esta nueva producción artística.

¡Las letras vivas!, el arte de narrar historias que en algún momento pasaron por tu mente, o escuchaste en la sala de la casa narradas por tu abuelita, o por un tío lejano que regresó del extranjero, o simplemente el imaginar acontecimientos de personas que no existen, y que tú, por el simple hecho de trazarlos con el lápiz, le das vida, como si de pronto un hombre surgiera del lodo, este inmenso horizonte de posibilidades donde el hombre y la mujer descubren sus afectos más íntimos, temores y pesadillas, felicidades y esperanzas, ahora se materializa en un libro de 14 cuentos, **Uno de tantos crímenes**, escritos por estudiantes de la facultad que cursaron la materia Análisis y Construcción de Textos.

Truculentas historias concebidas por jóvenes que nos hablan de una realidad palpable, como una presencia viva, francas, solapadas, policiacas, de terror, ciencia ficción, la intriga de estos cuentos me remite como cualquier otra expresión al espíritu. Es precisamente el espíritu del hombre un caldo en proceso, una constante producción de anhelos y logros y frustraciones, y sobre esa sana imaginación aparece el arte, un encuentro con la magia que exorciza el temor y lo traduce en otra cosa; o un desencuentro con la palabra amorosa y traduce la felicidad en un objeto de observación para curiosos de museo.

Cualquiera que sea el ir y venir de esta materialización creadora, estos jóvenes escritores, que no sabemos si para ellos es un mero intento o un escalón hacia algo mayor, han logrado traducir lo que tanto se ha especulado sobre la integración de las artes: el arte es uno solo, como un solo es el hombre. Sus formas son diversas, y sobre cada forma hay un

inmenso universo. Este desarrollo múltiple de la forma la Facultad de Artes Visuales lo recibe con beneplácito, ya que nos enriquece traspasar de un discurso a otro para encontrar la visión y el acto creativo del artista.

La Serie *La luz que regresa*, título en homenaje a nuestro escritor más perfecto, Salvador Elizondo, es un logro de la Coordinación de Publicaciones a cargo del maestro Yuri Vladimir Delgado Santos, quien además es el encargado de la materia Análisis y Construcción de Textos. Le agradezco al maestro Delgado la iniciativa de apoyar a sus alumnos en el proceso de alcanzar una producción literaria, una vena que no conocían, y su excelente esfuerzo en la selección y cuidado de la edición del libro.

Sean bienvenidos nuevamente estos escritores noveles, que para ellos, como para todos nosotros, desde ahora en adelante se nos abre un camino de creación multidisciplinaria. Felicidades y suerte en lo que sigue.

Arq. Abigaíl E. Guzmán Flores
Directora de la Facultad de Artes Visuales

Prefacio

El cuento es un género donde lo imposible de armar es lo oculto y el mensaje. Su brevedad, corta o larga, es un reto para el mejor contador de historias; un género narrativo cuya excelencia está en la economía y capacidad persuasiva de todos sus elementos. Y el fin del cuento es precisamente el mismo por el cual se le empieza a leer: ¿cómo me puedes contar una historia en tan pocas páginas?

Arte de la mentira, como toda literatura, es al mismo tiempo un arte de la fabulación imaginaria, más que de la fabulación experiencial. La rapidez del cuento le ofrece alas a la verosimilitud que se explaya con la mayor tentativa de realismo en cualquier cosa que no sea real. Extrañamente, muchos otros cuentistas han escrito historias densas y espesas, e igual, como éstas, podemos encontrar un contorno fascinante que inmediatamente se dirige al lector para noquearlo, despedazarlo. Mucho tuvo que aprender la novela contemporánea y de vanguardia del cuento ágil y circunspecto, y extrañamente de esa posesión de la forma, ahora el cuento compite con grandes novelas inverosímiles, sutiles y eficientes. La odisea del cuento no acaba ahí, sino apenas empieza; su público le ha dado la espalda frente a este divagar inteligente de la novela y en los siguientes años tendremos que ver una nueva forma de cuento: cuento-novela, cuento-poesía, cuento-teatro, cuento-cómic, en fin.

Arribemos entonces a **Uno de tantos crímenes**, escrito por estudiantes de la materia Análisis y Construcción de Textos. Estos cuentos demuestran una franca diversión e ingenio en el manejo del suspenso y la muerte. Los jóvenes escritores tuvieron la osadía de abrirse paso en el campo de la narrativa que, siendo objetivos, fascinantes y escolares, logran comprobar

con sus historias la capacidad fabulesca de una generación de los 80 que ha crecido con la apología narrativa de lo visual, el hombre entre las historias de cine y televisión.

Este bagaje fabulesco de los medios masivos de comunicación y sus historias audiovisuales, nos permite deleitarnos con historias rápidas y directas, de una sencillez engañosa y donde se percibe un grito agudo de delirio. Los cuentos de **Uno de tantos crímenes** no se sustentan en el conocimiento del género, en su lenguaje ni en su profundidad de juego, sino en su capacidad de fabular, delinear, narrar y sorprender sobre la historia misma, de conocer el mensaje hasta terminar de leer la última línea.

Lic. Yuri Vladimir Delgado Santos
Coordinador de Publicaciones



El Delator

Irma Margarita Godínez García

Aquella noche tan hermosa con un cielo tan azul, una luna llena tan majestuosa, caminando por esa calle tan estrecha, me traje recuerdos de cuando paseaba con Gabriel, tomados de la mano y diciéndonos cosas hermosas.

De pronto al final de la calle vi una sombra que venía directo hacia mí. Era una silueta de un hombre de gran altura, de complejión delgada y una gorra puesta al revés. Se paró a un metro y me dijo:

-¿No te acuerdas de mí?

-No.

En un momento de silencio, en sus ojos, encontré a aquel adolescente con ganas de vivir, que me hizo feliz y a la vez me causó grandes tristezas en mi adolescencia. Con él había salido por mucho tiempo. Sonreí y respondí:

-Claro, tú eres Kevin.

-Pensé que nunca me reconocerías Mariana, yo te vi desde lejos y reconocí tu silueta. Vamos, te invito a cenar ¿qué dices?

-Bueno, y así me platicas que has hecho en estos quince años.

Nos fuimos caminando en silencio hasta llegar a un pequeño restaurante al final de esa misma calle. Entramos y escogimos cualquier mesa, nos sentamos y él ordenó:

-Mesero, traiga lo que ella pida y a mí una hamburguesa y una soda. Anda, Mariana, ordena, ya sabes que yo invito.

-A mí me trae lo mismo -respondí.

Yo no estaba muy segura de lo que estaba pasando, pues cuando dejé de verlo fue por una razón muy penosa.

Al estar solos en la mesa, él no parecía verme, sino su mirada se dirigía a la puerta principal.

-Bueno, Mariana, ¿desde dónde quieres que te platique?
-dijo Kevin.

con sus historias la capacidad fabulesca de una generación de los 80 que ha crecido con la apología narrativa de lo visual, el hombre entre las historias de cine y televisión.

Este bagaje fabulesco de los medios masivos de comunicación y sus historias audiovisuales, nos permite deleitarnos con historias rápidas y directas, de una sencillez engañosa y donde se percibe un grito agudo de delirio. Los cuentos de **Uno de tantos crímenes** no se sustentan en el conocimiento del género, en su lenguaje ni en su profundidad de juego, sino en su capacidad de fabular, delinear, narrar y sorprender sobre la historia misma, de conocer el mensaje hasta terminar de leer la última línea.

Lic. Yuri Vladimir Delgado Santos
Coordinador de Publicaciones



El Delator

Irma Margarita Godínez García

Aquella noche tan hermosa con un cielo tan azul, una luna llena tan majestuosa, caminando por esa calle tan estrecha, me traje recuerdos de cuando paseaba con Gabriel, tomados de la mano y diciéndonos cosas hermosas.

De pronto al final de la calle vi una sombra que venía directo hacia mí. Era una silueta de un hombre de gran altura, de complejión delgada y una gorra puesta al revés. Se paró a un metro y me dijo:

-¿No te acuerdas de mí?

-No.

En un momento de silencio, en sus ojos, encontré a aquel adolescente con ganas de vivir, que me hizo feliz y a la vez me causó grandes tristezas en mi adolescencia. Con él había salido por mucho tiempo. Sonreí y respondí:

-Claro, tú eres Kevin.

-Pensé que nunca me reconocerías Mariana, yo te vi desde lejos y reconocí tu silueta. Vamos, te invito a cenar ¿qué dices?

-Bueno, y así me platicas que has hecho en estos quince años.

Nos fuimos caminando en silencio hasta llegar a un pequeño restaurante al final de esa misma calle. Entramos y escogimos cualquier mesa, nos sentamos y él ordenó:

-Mesero, traiga lo que ella pida y a mí una hamburguesa y una soda. Anda, Mariana, ordena, ya sabes que yo invito.

-A mí me trae lo mismo -respondí.

Yo no estaba muy segura de lo que estaba pasando, pues cuando dejé de verlo fue por una razón muy penosa.

Al estar solos en la mesa, él no parecía verme, sino su mirada se dirigía a la puerta principal.

-Bueno, Mariana, ¿desde dónde quieres que te platique?
-dijo Kevin.



Carlos Gerardo Velázquez Esquina / 2000

-Pues, desde que nos dejamos de ver.
-Bueno... me fui al extranjero a estudiar mercadotecnia. Hice una maestría. Trabajé por un tiempo y al sentirme solo regresé a Monterrey.

-Ah, qué bien -respondí con despecho.

-Y tú, ¿qué has hecho de tu vida, Mariana?

-Pues terminé mi carrera de medicina, hice mi especialidad, viajé por Europa y regresé a Monterrey a trabajar y a esperar...

-¿A quién, Mariana?

-¡A nadie!, olvídale -respondí.

No insistió.

Terminamos de comer y nos fuimos caminando por la misma calle. Llegamos a mi casa y nos despedimos.

-Bueno, nos vemos después -dijo Kevin.

-Sí, gracias por la cena.

Al irse me recosté en mi cama y empecé a recordar las palabras de Paula, mi hermana, diciéndome: "¡Nunca vayas, pero nunca vayas a volver a ver a ese maricón de Kevin! Luego de que te dejó embarazada y se largó con Alex. Dejándote toda la bronca a ti. A ti, Mariana. Y luego que tuviste que abortar..."

Al despertarme en la mañana tenía una transpiración extraña en mi cuerpo. Me arreglé y me fui al hospital, donde trabajo.

-Buenos días, Martha.

-Buenos días, Mariana -contestó la secretaria-. ¿Qué crees? Muy temprano vino un hombre y te trajo un ramo de flores; las puse en el escritorio.

-Ah, sí, bueno -"Veré la tarjeta para ver quién las manda" pensé.

La tarjeta decía: "Perdóname por el pasado."

-¿Y bien, quién las manda? -preguntó Martha.

-Una persona que ya no quiero volver a ver en mi vida.

Ven, tíralas.

-Pero, ¿por qué?

-No preguntes y tíralas.

Esa mañana fue muy agitada para mí. Tenía muchos pacientes. Al mediodía recibí una llamada.

-¿Bueno?

-¿Mariana? Habla Gabriel, acabo de regresar de Guanajuato y quiero verte.

Quedé sorprendida y respondí:

-Claro, pasa por mí a las 3:00 p.m.

-Está bien.

Esperé con ansias a Gabriel y por fin llegó. Lo primero que hizo fue abrazarme.

-Te extrañé tanto. Perdóname por no haberme comunicado todo este tiempo.

-No importa, lo bueno es que ya estas aquí conmigo. Bueno, ¿y por qué regresaste?

-Es que me fue mal en el trabajo y mejor me regresé.

Salimos y nos fuimos a comer a un pequeño restaurante. Me contó todo lo que le pasó en Guanajuato. Luego nos fuimos a mi departamento y se quedó a dormir. Estábamos tan cansados que dormimos profundamente.

Al despertar no lo vi en la cama y pensé: "Sólo fue un sueño, no vino Gabriel." No sé por qué pensé esto. Me fui al trabajo y en el consultorio estaba Kevin.

-¿Qué haces aquí? -pregunté.

-Vine a hablar contigo.

-¿Sobre el pasado?

-Sí, yo nunca te olvidé. Por favor regresa conmigo.

-Estás loco. No he olvidado lo que tú me has hecho, ¿y quieres volver?

-Yo sé que hice mal, pero estaba confundido. Es más, cuando me fui con Alex no dejaba de pensar en ti y lo dejé -



dijo.

-Sabes que no quiero oír nada más de ti. ¡Desaparece de mi vida, como ya lo habías hecho antes! -dijo furiosa.

Salió enojado. Eso me sorprendió.

Quedé tan desconcertada que toda la mañana estuve recordando su cara.

Ya al salir del hospital vi a Gabriel en la puerta.

-Hola, Mariana, perdóname por no haberte despertado, pero te veías tan tranquila dormida, que no me dieron ganas de hablarte.

-Pues hiciste mal, porque al despertar pensé que todo había sido un sueño y que jamás volverías.

-Claro que no, anda vamos a comer -dijo Gabriel, y nos fuimos caminando por la avenida Gonzalitos.

Sí, vino a buscarme.

-¿Qué se piensa? ¿que cuando él quiera vas a volver?.

Pues no sé, pero está claro que no voy a volver con él y mucho menos tener un encuentro.

-Bueno, eso me tranquiliza, pero si vuelve me hablas para decirle sus verdades.

-Está bien, pero no te exaltes tanto.

Estábamos comiendo donde siempre, adonde íbamos cuando éramos jóvenes... o al menos así me sentía. O recordaba. Salimos y en el parque de enfrente estaba Kevin.

-Ahora sí va a ver ese maricón -dijo Gabriel subiéndose las mangas de la camisa.

-¡No Gabriel!, no lo hagas, vámonos.

Hubo un intenso intercambio de miradas. Respiró hondo. Yo estaba nerviosa, pero gracias a Dios lo dejamos.

Llegamos al departamento y Gabriel no se quiso quedar

(quizás por lo molesto). Nos despedimos. De rato recibí una llamada, era la voz de hombre. Me dijo:

-Mariana, ve al hotel "Las Américas" y verás con quién está tu querido Gabriel.

Colgué.

No hice caso a esa llamada, pero me dejó con mucha incertidumbre. Por fin me decidí por ir a ese lugar. Llegué y le pregunté al dueño si estaba registrado Gabriel Castro. Al decirme que sí le pedí la llave de su cuarto. Me decidí y subí. Abrí la puerta y estaba con otra mujer. Se asustó al verme. Salí corriendo y me gritó:

-Mariana, espérame, déjame explicarte.

Tomé un taxi y regresé a mi departamento. De rato recibí otra llamada, era la misma persona y me dijo:

-Qué bueno que decidiste ir.

Al colgar entre rabia y sentimiento me solté llorando como la última vez, cuando tenía diecinueve años y fui con el doctor para abortar. Traté de dormir y no pude. Así estuve hasta que me dieron las 6 de la mañana. Decidí hablar al hospital para avisar que no iba ir a trabajar. Me di un baño. Pensé un momento, pero me sentía mal.

Salí a caminar al parque. Sentada en una banca recordaba cada detalle de la escena de anoche. Los cuerpos, sus gemidos... Escuché en eso una voz cuyos pasos no sentí.

-Mariana, ¿cómo estás? -Era Kevin.

-Vete, ya te dije que no quiero verte más.

-Vine a consolarte -estaba tan desolada que no podía ver lo que reflejaba su rostro.

-¿Fuiste tú el que me llamó anoche?

Agachando la cabeza dijo que sí.

-Mariana, perdóname, pero no podías seguir saliendo con ese infeliz.

-Tal vez tengas razón, porque de todas formas me iba a

dar cuenta de todo. Bueno, Kevin, adiós.

-Espera, te acompaño.

-No gracias, prefiero estar sola.

Regresé al departamento. Al llegar vi debajo de la puerta una carta que decía:

Perdóname por todo lo que te he hecho, ya no volveré a tu vida. Creo que te lastimé demasiado. Pero te pido de favor que no veas ni vayas a volver con Kevin. Y sobre todo que olvides la noche en que me viste con otra.

Atte. Gabriel Castro

Al terminar de leer la carta la rompí, agarré mi bolso y fui a buscar a Kevin. Tomé un taxi, llegué a su casa y me desahogué con él. Se puso a consolarme. Luego regresé a mi departamento y no dormí pensando en la carta de Gabriel.

Al día siguiente decidí hablar con Kevin, sobre volver a ser novios. Hablé a su casa y lo invité a comer a mi casa a las 3:00 p.m.

Al llegar al hospital Martha me dijo:

-Mariana, ¿qué te pasó?, ¿por qué no habías venido?

-Si te contara, no me creerías. Pero está bien te contaré.

Le platicué desde que vi a Gabriel con otra hasta que le hablé por teléfono a Kevin. Martha estaba con los ojos abultados, sorprendida. No lo podía creer. Me veía con una especie de magia o cual si yo fuera un personaje.

-¿Todo eso pasó? Pero...

-... sí.

-Ay, amiga, de verdad que no sé qué decirte para consolarte.

-No te preocupes. Con haberme escuchado basta -creo que con eso yo misma sentí un reflejo sereno en mi cara.

Dio la hora de la comida y llegó Kevin. Claro que trajo la

comida para comer aquí. Comimos y antes de decirle algo, agarrándome la mano y con voz temblorosa me dijo:

-Mariana, quiero que te cases conmigo. Mira yo sé que amabas a Gabriel pero yo te voy a ayudar a olvidarlo.

-Pues la verdad, Kevin, yo te iba a decir que si volvíamos. Pero tú ya te adelantaste

-una sonrisa se esbozó en mi cara, luego comenzamos a reírnos. Terminamos. Salimos. Kevin me abrazó pero lo sentí algo frío. Al llegar a mi departamento se acercó un hombre por detrás de nosotros, y nos dijo:

-Arriba las manos, denme todo lo que traigan.

Yo al sentir el arma por la espalda le di mi bolso, luego Kevin le dio su cartera y al verle nada... lo aventó. El hombre se puso enfrente de mí, y a pesar de que traía tapada la cara alcancé a ver sus ojos llenos de odio. Viéndome dijo:

-Lo siento, Mariana, pero ya eres un estorbo para mí -y jaló del gatillo. Sentí un dolor inmenso en el estómago y caí sin que nadie me detuviera.



Al volver mi mirada hacia Kevin, él se volvió y se juntó con el hombre. Se hicieron dos sombras.

Al despertar, ya estaba en el hospital. A mi derecha estaba Martha y del otro lado Paula, mi hermana.

-¿Cómo estás?

-Me duele un poco el estómago.

-Hermanita, ¿viste quién te disparó?

-No, sólo vi un hombre con la cara tapada.

-Pero, ¿Kevin no iba contigo? -preguntó Martha.

-No, iba sola.

Al día siguiente regresé a mi casa, me acosté y recibí una llamada:

Día Jueves

Una Mariana (Mariana) Kevin

-Bueno -contesté. Era Kevin y dijo.

-Intentaré matarte de nuevo.

Colgó.

Yo, asustada, hablé a la policía. Me encerré. Pero él estaba adentro. Kevin me miró y dijo: -Llegó tu hora. ¿Te sientes bien?, ¿Ya no te duele el estómago? -vi entonces el cinismo que reflejaba su rostro-. Mariana, ahora no podrás salvarte.

En eso se oyó que llegaba la policía. El se volteó, con su pistola que traía en la mano se dirigió hacia la ventana para ver. Yo aproveché el momento: lo agarré por la espalda y lo tiré al suelo. Hubo un forcejeo. Se oyó un disparo. Cerré los ojos.

Estaba encima de él.

Un dolor.

Era un gran dolor. Kevin estaba sonriendo.

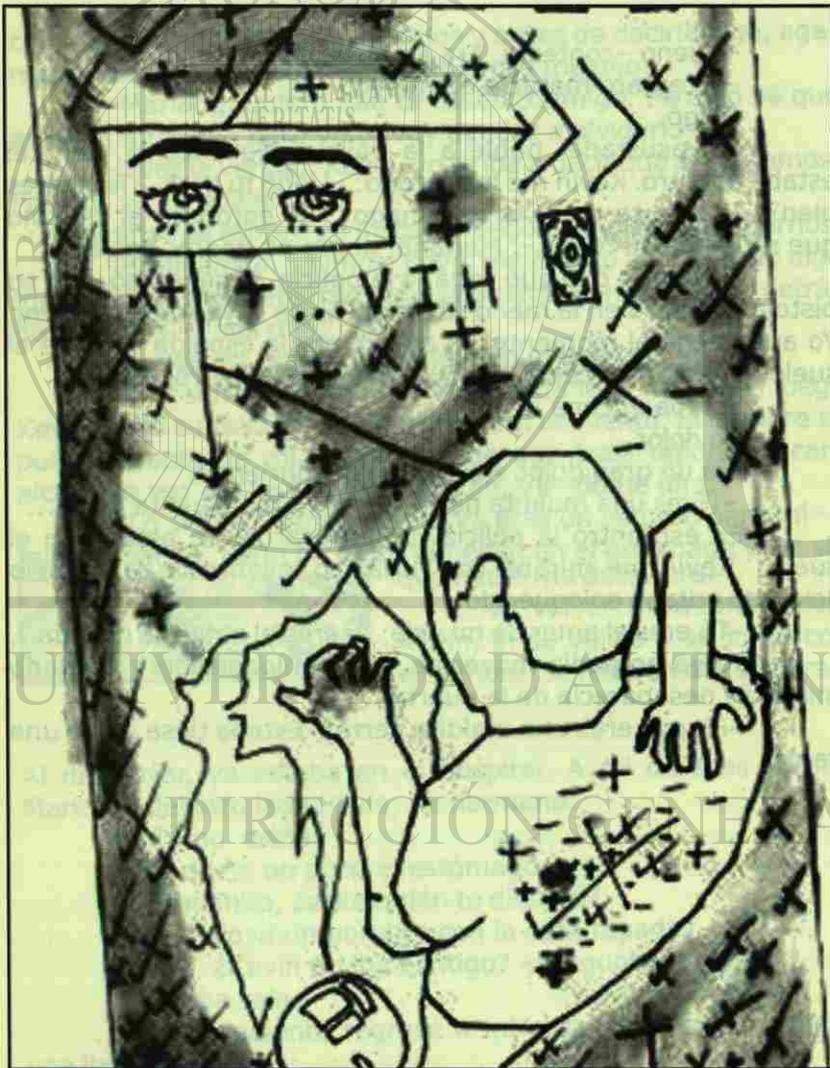
-¡Eres una maldita perra!, eres... una maldita perra...

En eso entró la policía. Lo esposaron. Yo estaba en el suelo. Kevin me miraba con furia. Lo levantaron y al írselo llevando gritaba enloquecido:

-Tú eres el amor de mi vida, tú eres el amor de mi vida...

Yo ya no podía moverme. Lo vi enloquecido y gritando mientras desaparecía de la puerta.

-¡Perra, eres una maldita perra! -Estaba tiesa como una cama.



Yusif Marcos Salas / 2000



Día Jueves

Luis Fernando Gameros Amador

¡Que pinche desmadre, Juan! Ya levántate, ése, vámonos para el jale, ya son las ocho de la mañana.

Estoy hasta la madre de trabajar "Juan esto, Juan lo otro"; tírame a león, Pablo, yo aquí me quedo a dormir, al rato voy a ir con Don Pazín a comprar algo para que me aliviane...

11:00 a.m.

Este descanso era lo que me faltaba. Me puse de pie y agarré lo que encontré para vestirme, encendí un cigarro y me puse en marcha hacia la casa de Don Pazín. Llegué y ahí estaba como siempre: parecía como que nunca envejecía, con sus pantalones dickies, su playera sin mangas y sus lentes oscuros, era un día oscuro, pero al güey le valía madre. Le dije: -Ese Pazín ¿qué ondas con el encargo?

Se levantó con una paciencia que daban ganas de empujarlo para que se apresurara. Me miró y sonrió dejando ver sus escasos siete dientes, se metió para la casa y lo esperé. Mientras tanto, detrás de mi pasaban los carros con su sonido a todo lo que daba; a los cinco minutos lo vi salir, pero un poco más serio y ya sin los lentes. Me dio veinte dólares de mota y le pagué la cantidad más otros treinta que le debía. Todos en el barrio sabíamos que si no le pagabas te quemaba y le mandaba tus manos y trece dientes a tus familiares, esto lo hacía en los días jueves.

Se sentó de nuevo y me retiré sin decirle palabra alguna, lo noté más raro de lo normal. Supuse que tenía algún deudor que no le había pagado pues estábamos a miércoles. La calle estaba muy desolada, ya no pasaban carros ni se oían los típicos rayones de llanta, sólo se escuchaban mis pensamientos. Llegué a la casa y me puse a quemar, chance y me aliviane.

No hay pedo, aquí tienes a tu burro para que te trabaje, no seas arrastrado carnal, ya me dijo el arquitecto que si no

vas a trabajar mañana, mejor que ni vayas por tu feria el sábado, porque no te va a dar nada. ¡Ah! Y me encontré a Nidia, ya está panzona, se me hace que tú la dejaste así. ¿Te acuerdas de Mario?, dicen que ayer se lo llevó la tira y que ya no lo regresaron. ¿Me oíste men?

Sólo escuchaba como un eco en mi cabeza. ¿Nidia...? ¡Mario! ¿Cuál Mario? ¿Pues qué hora es?

-Las nueve, Juan, ya está oscuro. ¿Vamos a ir hoy a rayar con el Magua y el Púas o te vas a quedar jetón como en la mañana?

-¡Ah cabrón!, vamos pues, para eso sí me apunto.

Pablo tomó su mochila con latas y yo agarré el banco para alcanzar en las partes altas. Nos encaminamos a casa del Púas y al llegar a su casa el vato ya salía corriendo, y su jefa atrás de él con la escoba.

-¡Ven para acá hijo de la fregada!

-¡Nos vemos al rato jefa!

Salimos corriendo y al llegar a la esquina nos saludamos y el Púas me dio una pastilla Roche.

-Vamos por el Magua, ha de estar con su morrita en el parque.

-¡Ya vas! -le dije. En efecto, ahí estaba el vato bien prendido con su ruca. Le chifle y volteó hacia nosotros, traía una cara demacrada y ojerosa, se despidió de su acompañante y se nos unió.

-¿Adónde vamos a ir hoy?

-Al puente que está cruzando la calle Aztlán.

-Sobres -me dijo, pero su tono de voz era distinto al de las noches anteriores. Llegamos a un depósito e hicimos tiempo. A las diez y media nos apresuramos para que no nos viera ninguna patrulla o alguna pandilla enemiga. Todo pasó tranquilo... ya en el puente, Pablo sacó los sprays y el dibujo que quería hacer; el Magua se sentó en un block y yo me puse a observar

por si venía alguien.

Todavía no empezaba a delinear el dibujo cuando vi a Mario acercarse al Magua, quien brincó del susto al sentir la presencia de él. ¡Mario cayó al suelo! Me arranqué a correr para ver qué había sucedido. Ahí estaba Mario sin manos y con un extraño olor a formol o algo así. Tenía los ojos en blanco y los labios cocidos con alambre.

Es el día jueves -me dijo Pablo mientras preparaba café en una olla.

-Ya sabemos que a ese güey lo iban a venir matando, nunca paga sus deudas y ya sabes como es Pazín.

-De buenas que yo ya le di lo que le debía -le dije con una sonrisa forzada, pues sabía que yo todavía le adeudaba cien dólares y la próxima semana vencía el acuerdo.

-Bueno, Juan, ya vámonos a la obra porque si no, no hay feria.

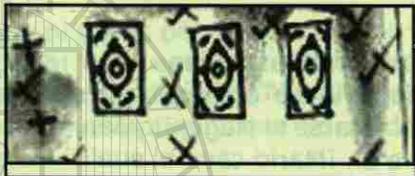
Estuve pensando en todo lo que había pasado la noche anterior. En cómo habíamos dejado a Mario ahí tirado y en que quizás a mí me podría pasar lo mismo y me llené de terror. Se me ocurrió pedirle un préstamo al gordo del arquitecto, pero como era de esperarse me dijo que no.

¡Váyase a la madre! Salí del lugar con la mente en blanco y me fui al Centro para ver qué podía robarme. Y cuál sería mi sorpresa cuando vi que Nidia, mi exvieja, se metía por un callejón. Me quedé esperando y de pronto salió apresuradamente.

-¡Nidia! ¿cómo estás?

Me apartó del camino y se subió a un taxi. Traía una bolsa blanca en las manos. El carro arrancó antes de que yo pudiera preguntarle algo. ¡Qué extraño!, pensé.

Juan, me dijo el arquitecto Jones que ya no fueras ni a dejar tu uniforme de trabajo. ¿Pos qué le hiciste vato?



-No le hice ni madres. Sólo le pedí un préstamo.

-Ah cómo serás bruto, después de que no vas quieres que te presten.

-Es que le debo a Pazín, Pablo, y no se qué hacer.

Estamos para el jueves, sólo me quedan cinco días y no tengo feria para pagarle. Aparte hoy vi a Nidia ¿no que estaba embarazada ése?

-¡Claro! Si ayer la vi. Acuérdate que te dije.

-No entiendo nada Pablo, me voy a dormir, hasta mañana.

Viernes

Abro los ojos, se ve que es tarde porque el ruido afuera se escucha al máximo. Me levanto y miro que en la mesa hay un recado de Pablo: "Voy a llegar un poco tarde, si te da hambre aguántate porque hasta mañana nos pagan." Me salgo a la calle a ver si algún camarada trae aunque sea un tostón, pero nada. Se oyen pasos tras de mí y volteo a ver quién es. ¡Cual sería mi sorpresa al ver a Mario como si nada!, ¡Sonriéndome!

-Qué ondas... looco - me dijo.

-¡Cabrón! Si tú estás muerto, Mario, esto no puede serme quedé mirándolo durante unos segundos, no lo podía creer.

-Juan -me comentó en voz baja, -¿no sabes lo que está pasando? Los ojos sumidos. Desde ayer no como y no tengo hambre. En mi casa hay un moño negro y no quiero entrar porque la última vez que me fui casi mato a mi mamá.

-¿Te digo una cosa Mario?... Tú ya estás muerto. Ayer te

vimos sin manos en el puente Aztlán, estabas todo tieso men.

-Chale Juan, no sé qué está pasando aquí, pero me da miedo. ¿Vamos a tu casa, no?

-¡Pero si tú estás muerto!...

Llegué a la casa acompañado de Mario y al abrir la puerta vi que Pablo estaba tirado sobre la mesa. Le hablé pero no reaccionaba, sólo estaba quieto. Mario me dijo: -A este vato yaaa lo mataron, Juan.

-¡Nooo!

Tomé la cabeza de Pablo por los cabellos y me horroricé pues no tenía rostro, una gota de sangre estaba escurriendo de su frente. Sentí que se me venía el mundo encima. De pronto el rostro blanco, presentí algo...

-¡Acompáñame al Centro! -le dije a Mario que estaba inclinado con un rictus de querer llorar sin poder hacerlo.

Ya en el Centro, nos dirigimos al callejón donde había visto entrar a Nidia. Recordé la bolsa blanca que traía en las manos. No sé por qué pero pensaba que había ahí sangre y trozos de piel. Entramos, en medio de la penumbra vimos a Don Pazín y dos hombres actuar cautelosamente sobre una mesa de acero. Nos acercamos a la habitación donde se encontraban y pudimos percibir un olor muy fuerte, como el de Mario cuando lo encontramos en el puente. Ahí estaba Don Pazín con una jeringa en una mano y un bisturí en la otra. Estaba abriendo a Nidia del estómago y en su interior tenía algo que se desplazaba. Pazín sacó ese extraño ser que se movía como reptil recién nacido y se lo dio a sus ayudantes, los cuales parecían imperturbables.

-¡Don Pazín! -grité- ¿qué está pasando aquí?

Y en ese momento escuche dos disparos a mi espalda. Mario yacía en el suelo con la cabeza destrozada y seis policías de la SWAT entraban al lugar deteniendo a los hombres de Pazín. Me esposaron junto con ellos, mientras yo veía los sesos de Mario revolviéndose entre las pisadas de los policías con las

vísceras de Nidia, que resbalaban por la mesa, mientras removían el cadáver. Traté de llorar, pero no pude. Me subieron a la patrulla junto con los demás tipos. Sólo después me enteré que Don Pazín había escapado. Pazín, el más grande clonador de trabajadores de los Estados Unidos. Mataba a sus deudores y con sus registros de ADN y sus genes los clonaba y los dejaba que se desarrollaran en el estómago de Nidia. Ése era el principio de la clonación en el mundo.

Estuve encerrado cuatro días mientras se averiguaba qué hacían los hombres de Pazín en ese lugar. Me dejaron salir por falta de pruebas y como no tenía donde quedarme, me fui a la plaza donde se frecuentaban el Magua y su novia, pues ahí había unos tubos de drenaje muy grandes donde podía dormir.

Esa noche escuché unos quejidos muy agudos cerca de los resbaladeros. Me levanté y oí una respiración jadeante. Me acerqué lo más que me atreví y observé que ahí estaban Pablo y el Magua llorando, ¡pero veía dos cabezas y sólo dos pies! Me acerqué más y voltearon hacia mí los dos al mismo tiempo. ¡Fue un momento horrible! Se puso de pie esa especie de fenómeno y me quiso abrazar, pero corri lo más rápido que pude. Toda la noche estuve corriendo por las calles. Soñaba en vida. En cada calle veía salir los monstruos por entre las paredes. Caminaban y me perseguían. No tenía ni la menor idea de cómo podía seguir con vida.

Miércoles

¡Oiga señor!, ¡Señor!, ¿Está usted bien?, levántese del piso porque lo pueden pisar.

—Está bien niño, sólo me quedé dormido, ¿qué hora es?

—La una, señor.

—Gracias. ¿Qué diablos pasó anoche?—pensé, mientras

La Broma

Libro de la Biblioteca de la Universidad de León

empecé a caminar mirando a todas direcciones. La especie de fenómeno que vi no era más que un producto mal clonado de Don Pazín. Me detuve en un puesto de revistas. Miércoles. Se acabó mi tiempo con Don Pazín, es mejor que me vaya a verlo para pedirle más tiempo y explicarle la situación. Pensé por todo lo que había visto que tenía algo que negociar.

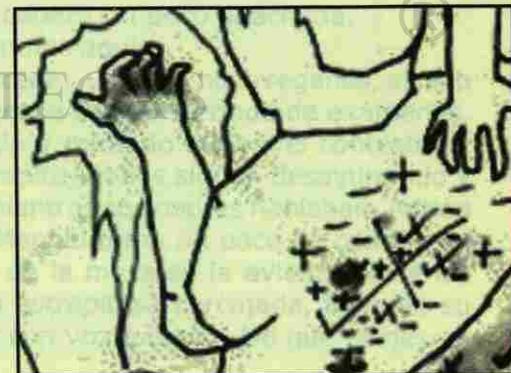
A diferencia de otros días, no estaba sentado afuera en su mecedora. Toqué la puerta y apenas di el segundo golpe cuando la puerta se abrió, dejando entrar un poco de luz a esa casa en penumbra.

—¿Hay alguien aquí?

—Pasa —dijo una voz como de anciano. Me adentré al lugar y ahí estaba Pazín sentado y mirándome fijamente. Estaba tapado con una manta y se veía muy flaco, demacrado. Le empecé a contar que no le podía pagar y lo que pasó con Pablo y Mario. Sonrió. Con esa sonrisa vacía dejaba ver un coraje enorme hacía mí.

—Mañana es jueves, Juanito. No me busques, yo te voy a encontrar.

Tosió en varias ocasiones y se puso de pie. Su cabello empezó a caer como si se tratara de agua y sus piernas temblaban. Se desvaneció y empezó a retorcerse en el suelo. Entre las mantas veía sus brazos y estómago escuálidos que mostraban el dolor de un judío



agonizante. Tomé un florero grande que tenía en la sala y se lo dejé caer en la cabeza. Un extraño calor empezó a inundar el ambiente. Don Pazín ha muerto, pensaba yo en voz queda mientras me alejaba lo más pronto posible de la casa.

Jueves

¡Qué hermosa mañana! Hay clima fresco, me siento como nuevo.

-Bueno Juan, es hora de buscar trabajo -me dijo Pablo impávido.

-Está bueno -le contesté.- ¡Hey! ¡Un momento! ¿Qué día es hoy?

-Jueves, Juan. Es jueves. Te llegó algo esta mañana

-¿Ah chinga? A ver ¿qué será?

Abrí el paquete y eran las manos y dientes de Don Pazín, llenos con ese olor penetrante y ese calor que inundaba el cuarto. Era sólo el día jueves que apenas comenzaba.



La Broma

César Horacio Alvarado Rodríguez

Era una mañana muy fría para ser otoño, las hojas de los árboles tapizaban la banqueta y la ventana del cuarto estaba empañada con pequeñas gotas de agua que escurrían.

-Manuel, ya levántate, se te va a hacer tarde.

Manuel, un niño de 12 años, cohibido y tímido por culpa del carácter severamente estricto de su padre y madre. Una mujer sumisa que no imaginaba más que los correctivos severos que imponía en forma de educación a sus hijos. Adrián, el mayor, un adolescente de 16 años que no vivía para otra cosa sino para molestar y joder al prójimo, un muchacho rebelde que iba a la escuela con el propósito de que su padre no lo pusiera a trabajar, un perfil implantado por su padre.

-Ya te levantaste, Manuel -le grita Carmen, su mamá desde la cocina. Él se levanta y todavía con los ojos cerrados se comienza a cambiar, despeinado y tambaleándose toma sus lentes, los limpia y se pone su suéter verde de rombos y unos mocasines muy anticuados, parecían de su abuelo, era un niño un poco reservado y muy simple al vestir.

Manuel baja de las escaleras lentamente y todavía peinándose, se sienta en el pequeño comedor de la cocina y su padre le dice: -Por qué bajaste hasta ahora.

Manuel sólo lo mira con la cabeza un poco agachada.

-Tenemos varios minutos aquí.

Carmen mamá intercede: -Manuel no lo regañes, el niño se acostó un poco tarde porque está en período de exámenes. Manuel se queda en silencio y mirando a Manuel contesta: - Está bien, pero que no se repita -todos siguen desayunando y después de unos minutos mientras sus padres hablaban, Adrián en un afán de molestar a Manuel toma un poco de comida en una cuchara y por debajo de la mesa se la avienta entre las piernas, Adrián suelta una estrepitosa carcajada, Manuel, su papá, voltea y le pregunta con voz fuerte: -De qué te ríes -y contesta: -De nada papá.

agonizante. Tomé un florero grande que tenía en la sala y se lo dejé caer en la cabeza. Un extraño calor empezó a inundar el ambiente. Don Pazín ha muerto, pensaba yo en voz queda mientras me alejaba lo más pronto posible de la casa.

Jueves

¡Qué hermosa mañana! Hay clima fresco, me siento como nuevo.

-Bueno Juan, es hora de buscar trabajo -me dijo Pablo impávido.

-Está bueno -le contesté.- ¡Hey! ¡Un momento! ¿Qué día es hoy?

-Jueves, Juan. Es jueves. Te llegó algo esta mañana

-¿Ah chinga? A ver ¿qué será?

Abrí el paquete y eran las manos y dientes de Don Pazín, llenos con ese olor penetrante y ese calor que inundaba el cuarto. Era sólo el día jueves que apenas comenzaba.



La Broma

César Horacio Alvarado Rodríguez

Era una mañana muy fría para ser otoño, las hojas de los árboles tapizaban la banqueta y la ventana del cuarto estaba empañada con pequeñas gotas de agua que escurrían.

-Manuel, ya levántate, se te va a hacer tarde.

Manuel, un niño de 12 años, cohibido y tímido por culpa del carácter severamente estricto de su padre y madre. Una mujer sumisa que no imaginaba más que los correctivos severos que imponía en forma de educación a sus hijos. Adrián, el mayor, un adolescente de 16 años que no vivía para otra cosa sino para molestar y joder al prójimo, un muchacho rebelde que iba a la escuela con el propósito de que su padre no lo pusiera a trabajar, un perfil implantado por su padre.

-Ya te levantaste, Manuel -le grita Carmen, su mamá desde la cocina. Él se levanta y todavía con los ojos cerrados se comienza a cambiar, despeinado y tambaleándose toma sus lentes, los limpia y se pone su suéter verde de rombos y unos mocasines muy anticuados, parecían de su abuelo, era un niño un poco reservado y muy simple al vestir.

Manuel baja de las escaleras lentamente y todavía peinándose, se sienta en el pequeño comedor de la cocina y su padre le dice: -Por qué bajaste hasta ahora.

Manuel sólo lo mira con la cabeza un poco agachada.

-Tenemos varios minutos aquí.

Carmen mamá intercede: -Manuel no lo regañes, el niño se acostó un poco tarde porque está en período de exámenes. Manuel se queda en silencio y mirando a Manuel contesta: - Está bien, pero que no se repita -todos siguen desayunando y después de unos minutos mientras sus padres hablaban, Adrián en un afán de molestar a Manuel toma un poco de comida en una cuchara y por debajo de la mesa se la avienta entre las piernas, Adrián suelta una estrepitosa carcajada, Manuel, su papá, voltea y le pregunta con voz fuerte: -De qué te ríes -y contesta: -De nada papá.



César Horacio Alvarado Rodríguez / 2000

Fuerte: -¡De qué te ríes! -y contesta: -De nada papá.

-Ya cállate y sigue comiendo.

Manuel se limpia con una servilleta mirando a Adrián retadoramente mientras éste se ríe, escondiéndose de la mirada de su padre. Manuel, mientras todavía se limpiaba, pensaba en una venganza, y es que no era vengativo, pero ese hecho le molestó mucho. De pronto recordó que había oído una conversación entre su hermano y un amigo en donde se daba cuenta que Adrián tenía dos semanas de que había abandonado la escuela y pronto se apresuró a dejar esto al descubierto. Se lo comunicó a su papá interrumpiendo una conversación.

-Papá, sabías que Adrián abandonó la escuela hace dos semanas -Manuel el padre le contesta sin voltear a verlo: -No me interrumpas cuando estoy hablando con tu madre y además no quiero que hagas bromas de tal magnitud.

Manuel agacha la cabeza y Manuel volteo a ver a Adrián.

-¿O acaso eso es cierto? -Adrián le contesta después de una pausa de silencio: -Sí papá, pero... -en eso Manuel se para rápidamente de la silla y lo interrumpe diciéndole: -Ven a la sala -los dos se paran y salen de la cocina mientras que Adrián miraba a Manuel con cara de odio y sed de venganza.

Carmen, la mamá, los ve asombrada. Después de unos minutos se oyen muchos gritos tanto del papá como de Adrián, cuando de pronto, Adrián sale corriendo por la cocina rumbo a la calle y la mamá le grita sin que le hiciera caso. Entra Manuel a la cocina y se sienta a terminar su desayuno tranquilamente. Carmen lo mira en señal de que le diera una respuesta de lo que había pasado, al mismo tiempo que se sentaba nuevamente.

-Le sentará bien el trabajo.

Ya noche Adrián regresa un poco más tranquilo y al entrar a escondidas por la puerta trasera de la cocina, oye a sus padres diciendo: -Manuel, tu madre y yo saldremos a cenar y regresaremos tarde, si viene tu hermano no le hagas caso, si

te molesta, te metes a tu cuarto.

Manuel como era un poco miedoso por las noches, se encerró en su cuarto porque le daba pavor estar solo en su casa. Adrián al saber esto, le planeó una pequeña broma en venganza. Entra a la casa sin hacer ruido, del cuarto de sus padres saca la pistola que estaba en el buró; él sabía que cuando Manuel tenía miedo era lo primero que buscaba, sustituyó las balas por unas de salva y la dejó ahí. Después bajó a la cocina y se puso una bolsa de papel en la cabeza, le hizo dos agujeros en la parte superior. Mientras tanto Manuel veía la televisión en su cuarto, estaba recostado sobre su cama cuando comenzó a oír ruidos en las escaleras. Al oír esto se paró y abrió sigilosamente la puerta, caminó despacio sobre el pasillo hacia el cuarto de sus papás y, por supuesto, lo primero que buscó fue la pistola.

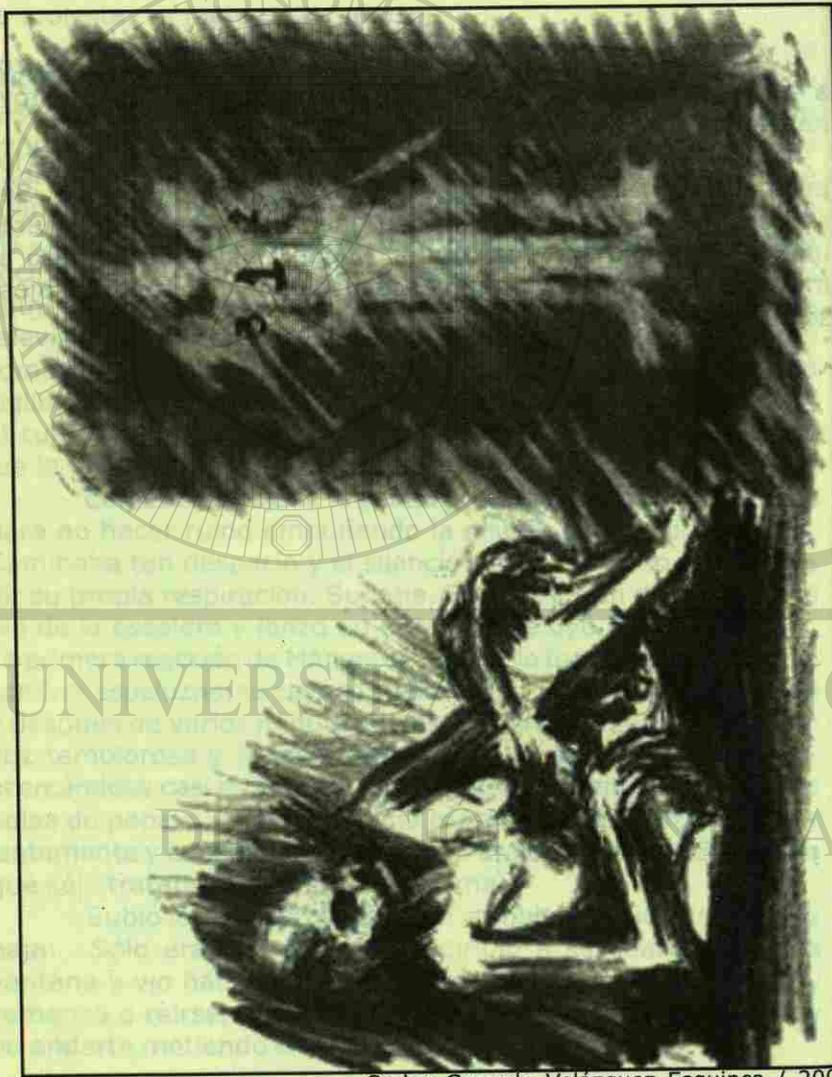
Comenzó a bajar a la planta principal, se quitó los zapatos para no hacer ruido empuñando la pistola con las dos manos. Caminaba tan despacio y el silencio era tan intenso, que podía oír su propia respiración. Sudaba. En eso Adrián dio un salto al pie de la escalera y lanzó un grito que se oyó en toda la calle. La primera reacción de Manuel sin pensarlo fue disparar y aquella sombra espeluznante cayó al suelo inerte. Manuel quedó inmóvil y después de varios minutos de estar viendo el cuerpo, dijo con voz temblorosa y todavía empuñando el arma: -¡Lo maté! - acercándose casi en cámara lenta, y sigilosamente tomó aquella bolsa de papel que simulaba una máscara; la comenzó a quitar lentamente y cuál sería su sorpresa... Era su hermano. Sí, Adrián que sólo trataba de jugarle una broma.

Subió las escaleras como un zombie, iba diciendo en voz baja: -Sólo era una broma -se dirigió a su cuarto, abrió la ventana y vio hacia fuera. Mientras tanto, Adrián se levantó y comenzó a reírse, luego gritó: -¡Que eso te sirva de lección y no andarte metiendo en mis asuntos!

La verdadera historia de Pepe

Pasaron varios segundos y al no oír ruido alguno comenzó a subir las escaleras diciendo en voz baja: -Manuel te estoy hablando.

Al ver su cuarto de lejos vio la ventana abierta, pensó lo peor. Corrió hacia la ventana. Manuel se había suicidado. Se sentó al pie de la ventana y todo quedó en silencio. Sólo era una broma, sólo era una broma. Luego Manuel se empezó a mover. Sus manos agarraban el césped con dificultad. Sus ojos se estremecieron...



Carlos Gerardo Velázquez Esquinca / 2000



La verdadera historia de Pepe

Norma Yanett Guajardo Paz

Un día vagando por la calle se encontró con el grupo de compañeros que la habían inducido al vicio.

-¡Lulú, eres tú?! -se oyó una voz dentro de grupo de hombres y mujeres que estaban sentados en la banqueta.

-Sí, soy yo -contestó ella tratando de recordar quién era él.

-Soy Pepe, ¿te acuerdas de mí?

-Ah, sí, Pepe, el de la secundaria. ¡A poco eres tú?!

-¡Claro que soy yo! -contestó él mismo.

-Y dime, ¿qué has hecho de tu vida? ¿Sigues estudiando?

-No, ni siquiera terminé la secundaria.

-Entonces eres de nuestro bando... ¿Y qué? ¿Todavía te la truenas?

-No, no tengo dinero para consumirla y ahorita traigo un problemón muy fuerte que sí la necesito. Si no la consigo te juro que puedo hacer una tontería.

-¿Pues qué problema tan fuerte tienes?

-Me salí de mi casa porque mis papás me corrieron. Ellos se dieron cuenta que me drogaba y no lo aceptaron. Me dijeron que no me querían volver a ver jamás, que para ellos yo estaba muerta. ¡Pepe, ayúdame! No tengo amigos, mi mejor amiga es Alejandra pero ella está tan ocupada en la escuela que yo ya ni la veo. Tengo miedo de vivir en la calle como una vagabunda.

-No te preocupes, te puedes quedar en mi casa -Pepe la vio con una cara amable-, tendrás que vivir con dos muchachos más, ellos son del grupo, se llaman Chuy y Juan.

Al principio Lulú sintió un poco de miedo al pensar que viviría con tres hombres, de los cuales uno era conocido. No sabía sus intenciones, pero no le quedó más remedio que quedarse ahí porque no tenía otro lugar a donde ir.

Lulú se sintió un poco extraña al entrar a la casa. Pare-

cía como si nunca hubieran limpiado porque había muchas cosas regadas. Lulú tardó en integrarse al nuevo cambio de vida, pero a pesar de su corta edad tuvo la capacidad de hacerse cargo del manejo de toda la casa.

En los años siguientes, mucha gente desfiló por la casa de Pepe. Él era atento con su gente, casi siempre caía en algo degenerado y luego se recuperaba. Pero Lulú por su parte nunca abandonó ese lugar; se sentía muy bien y siguió a lado de Pepe, al cual ella lo veía como un hermano, pero él —muy adentro o muy afuera, según fuera como se le viera— la deseaba desesperadamente. Sólo esperaba la oportunidad de aprovecharse de ella. ¿Porqué esperó tanto? Es algo que nunca nos pudimos explicar de Pepe.

Una noche Pepe estaba en la sala con sus amigos inyectándose heroína y Lulú casi inconsciente, estaba vomitando en la cocina. Unos minutos después cayó al suelo, luchando por abrir los ojos y volver en sí. Vio la borrosa imagen de Pepe que la llevaba cargando a su cuarto. A lo lejos se oía música y mucho ruido. Como todo su cuerpo estaba bajo el efecto de la droga, prefirió cerrar los ojos y desconectarse de la realidad.

De pronto, volvió en sí al escuchar un ruido muy fuerte que retumbó en toda la habitación. Había sido el portazo que dio Pepe al entrar al cuarto y se echó sobre ella. Lulú, por un instante o imaginariamente, como desde una película ajena, recobró todos sus sentidos y se dio cuenta de lo que Pepe tramaba. Asustada, comenzó a gritar pero su voz se perdió en la habitación antes de ser escuchada. Con las pocas fuerzas que tenía trató de dar manotazos, pero todos sus intentos por defenderse fueron inútiles, pues Pepe era más fuerte y ya la había desnudado. En el forcejeo sintió un fuerte golpe en la cabeza que la hizo caer inconscientemente, se había golpeado sobre la pared.

Horas después, tirada en el suelo con el cuerpo dolorido,

repleto de moretones y arañazos, torpemente se levantó y caminó hacia la cocina para observar el reloj que estaba junto a la mesa y saber qué hora era, sintiendo que la cabeza le iba a estallar. No recordaba nada de lo que le había pasado. Las tres de la mañana marcaba el reloj, el tic tac retumbaba en sus oídos como martillazos. Caminó hacia la sala y observó varios cuerpos tirados. De pronto se detuvo al observar uno de ellos con el rostro de Pepe. Sintió una sensación de asco e ira, en un segundo su mente se invadió de imágenes grotescas y repulsivas. Recordó con detalle lo que le había hecho su amigo. Su primer instinto fue llamar a la policía y pedir ayuda, pero al llegar al teléfono decidió no hacerlo. Vio a Pepe a lo lejos. Regresó a la cocina y al ver un cuchillo sintió sed de venganza. Tomó el cuchillo y corrió a la sala donde estaba él, tranquilo y muy quitado de la pena. Parecía un muñeco inmóvil. Su coraje aún creció más conforme se acercó a Pepe y se lanzó apuñalándolo sin piedad alguna. Al hacerlo sintió una gran satisfacción y Lulú ya no pudo detenerse.

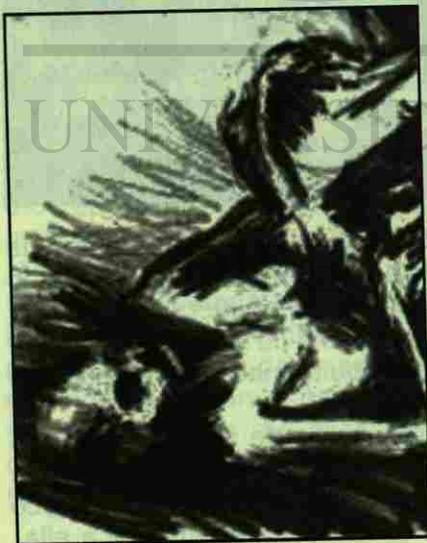


Pepe ni siquiera se estremeció. Lulú estaba sumergida en su propia ira y con una amplia sonrisa, no se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Observó asustada el cuerpo sin vida y lleno de sangre. Ella también estaba llena de sangre y emanaba un olor fuerte. Pepe era un grotesco bulto macilento embarrado de rojo bermejo.

Minutos después, una sensación de terror invadió el cuerpo de Lulú y lo único que pensó fue en huir. Subió a su cuarto corriendo. Se cambió de ropa rápidamente, tomó el poco dinero que tenía. Al bajar se encontró con Pepe frente a ella;

las heridas eran como bocas que balbuceaban sangre. Él la miró, quiso decirle algo pero cayó de bruces frente a ella.

Lulú, con los ojos fríos, de repente encaneció terriblemente. No eran las drogas, sino el susto lo que la hacía parecer un fantasma. Pagaría toda su vida por esas treinta puñaladas que le había dado a un hombre que hubiera muerto por sobredosis de cualquier manera. Ella no lo supo, no lo sabrá. Ahora el Pepe le habrá de acompañar para el resto de sus días.



Marte Falso

Gilberto Lázaro López

Estoy desesperado. No sé si sobreviviré. Veo todo rojo, alguien se está acercando apresuradamente.

-¡Darío! -sentí que me abrazaban con fuerza- ¡estás vivo!

Era Lucía, mi hermana.

-¿Lo conseguiste?

-Lo traigo en la mochila.

-¡Entonces corramos porque esto va a explotar!... -

Ella se dio cuenta-. ¡¿Estás sangrando?!-

- No perdamos más tiempo, ¡vámonos!

Empezamos a correr rápidamente. Yo sólo sentía coraje y remordimiento por lo que acababa de pasar.

Año 2105, la Tierra está preparada para el gran viaje de exploración a Marte. Los científicos Marcos y Néstor pronostican lo mejor. La tripulación de gran categoría. La nave espacial KT de la mejor tecnología, lista para el despegue y yo como capitán debía guiar la misión al éxito. Lo extraño es que ningún medio de comunicación transmita tan importante evento...

-Capitán Ovat, todo está listo.

-¡Muy bien!, entonces despeguemos -sentí una duda que se apoderaba de mí.

-¿Cómo se siente usted, Capitán Ovat?

-Muy bien, Marcos -su mirada era penetrante-, ¿ahora debo preguntarle qué tipo de exploración tiene en mente?

-Eso es un secreto, Capitán.

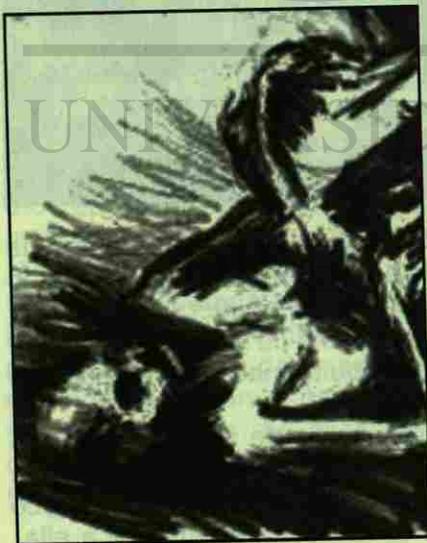
-¡Un secreto!, ¿aún para mí?

Siempre dudé de los científicos, en especial de éstos de la SSA, que llevaba en mi nave.

-Le quiero presentar a dos de mis ayudantes, ella es

las heridas eran como bocas que balbuceaban sangre. Él la miró, quiso decirle algo pero cayó de bruces frente a ella.

Lulú, con los ojos fríos, de repente encaneció terriblemente. No eran las drogas, sino el susto lo que la hacía parecer un fantasma. Pagaría toda su vida por esas treinta puñaladas que le había dado a un hombre que hubiera muerto por sobredosis de cualquier manera. Ella no lo supo, no lo sabrá. Ahora el Pepe le habrá de acompañar para el resto de sus días.



Marte Falso

Gilberto Lázaro López

Estoy desesperado. No sé si sobreviviré. Veo todo rojo, alguien se está acercando apresuradamente.

-¡Darío! -sentí que me abrazaban con fuerza- ¡estás vivo!

Era Lucía, mi hermana.

-¿Lo conseguiste?

-Lo traigo en la mochila.

-¡Entonces corramos porque esto va a explotar!... -

Ella se dio cuenta-. ¡¿Estás sangrando?!-

- No perdamos más tiempo, ¡vámonos!

Empezamos a correr rápidamente. Yo sólo sentía coraje y remordimiento por lo que acababa de pasar.

Año 2105, la Tierra está preparada para el gran viaje de exploración a Marte. Los científicos Marcos y Néstor pronostican lo mejor. La tripulación de gran categoría. La nave espacial KT de la mejor tecnología, lista para el despegue y yo como capitán debía guiar la misión al éxito. Lo extraño es que ningún medio de comunicación transmita tan importante evento...

-Capitán Ovat, todo está listo.

-¡Muy bien!, entonces despeguemos -sentí una duda que se apoderaba de mí.

-¿Cómo se siente usted, Capitán Ovat?

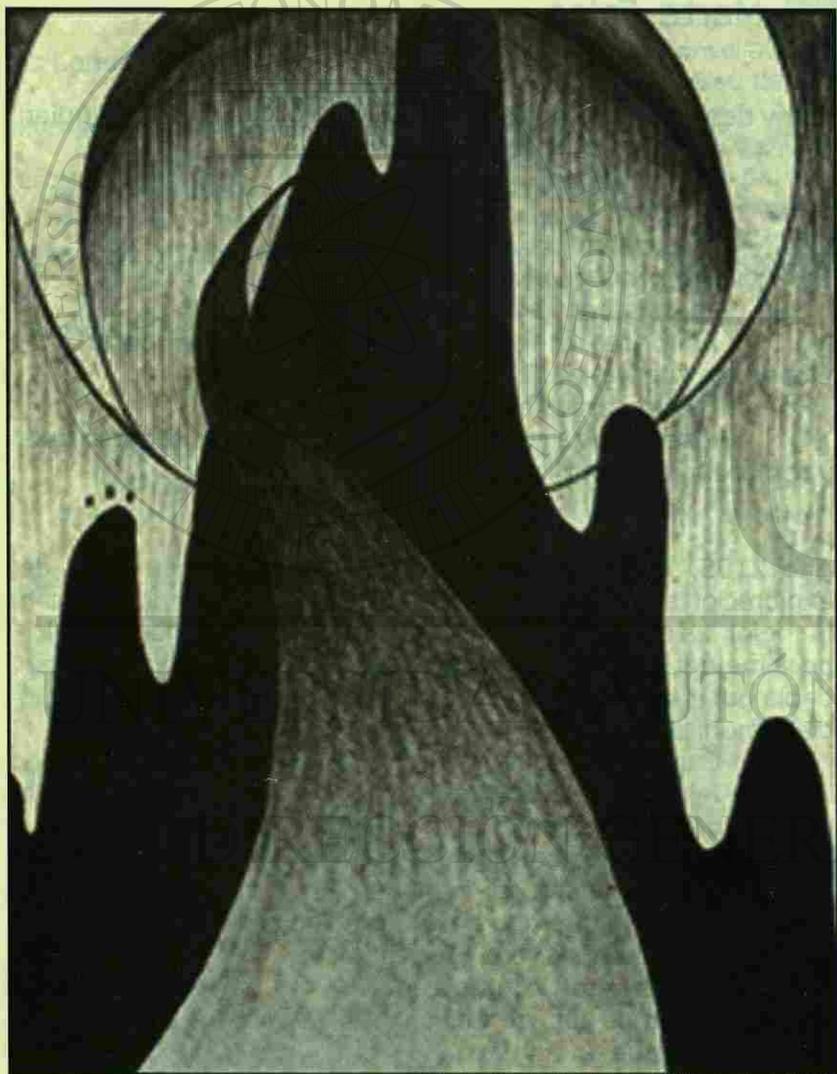
-Muy bien, Marcos -su mirada era penetrante-, ¿ahora debo preguntarle qué tipo de exploración tiene en mente?

-Eso es un secreto, Capitán.

-¡Un secreto!, ¿aún para mí?

Siempre dudé de los científicos, en especial de éstos de la SSA, que llevaba en mi nave.

-Le quiero presentar a dos de mis ayudantes, ella es



Berta Isabel Chapa Villarreal / 2000

Lucía.

-Mucho gusto, Capitán Ovat.

-Y él es Darío.

-Es un placer trabajar con usted, Señor.

Los dos eran muy jóvenes, pero parecían buenas personas, no mostraban un carácter frío como los científicos.

-Espero que cumplan con su deber muchachos -respondí con una voz suave.

Todo parecía normal, todos estaban en sus puestos, así que me dirigí al mío. Empecé a checar que todo estuviera en perfecto orden. Lo extraño era que había sectores a los cuales no podía tener acceso, aun siendo el capitán de la nave. Sentí que sólo me utilizaban, que era como un conejillo de indias, pero ¿para qué?, ¿cuál era su propósito? Así me pasé todo el día, tan sólo checando y pensando cuál era el verdadero propósito de esta misión. Cada minuto me tensionaba. Sólo me tranquilizaba ver a La Tierra, que de todas formas se iba alejando poco a poco. Me acordé de los dos jóvenes, Lucía y Darío, tal vez ellos me podrían decir algo.

-¿Capitán Ovat?

-¿Dime quién eres tú, Lucía?

-No puedo hablar. Todo esto es un viaje de experimento.

-¡Explícate pronto!

-Los científicos Marcos y Néstor están trabajando con partes de cerebros humanos que son implantados en neuronas de animales para ver el comportamiento nervioso de éstos, y después clonarlos.

-¿Cómo te enteraste de esto?

-Fue un accidente... todo fue tan rápido. ¡Van a hacer monstruos! No puedo explicarle más... Tengo que regresar al laboratorio, mi hermano me está encubriendo.

-¡Tengo que pedir una explicación! ¡Ven! Acompáñame.

-¿Qué va a pasar, Capitán?

-¿Cuál es la verdadera exploración a Marte?

-No lo sé. ¿Usted?

-Hasta el momento la trayectoria de la nave es alrededor de la Tierra, pero a una gran distancia.

-¿Qué pasa con la nave KT y la base en Tierra?

-Estamos desconectados. ¿Cómo lo sabe?

-Es una sospecha.

En eso entra Néstor sacando una pistola.

-Capitán Ovat no se ha equivocado en nada. Lucía, los animales te necesitan en el laboratorio.

-No te preocupes, ve... -dije.

-¿Capitán, cuál es su pregunta?

-¿Por qué no se cumplió la misión? ¿Por qué yo no fui enterado de nada?

-Se lo diré. En la Tierra nosotros no podíamos continuar con nuestros proyectos de nuevas razas. Buscamos mejorar la comunicación. Pero apenas se enteraban las organizaciones de protección a los animales, la gente de los países protestaban y venían deshaciendo nuestro gran esfuerzo.

-Su idea es absurda, Néstor.

-Nosotros necesitamos un pretexto para realizar nuestro experimento en secreto. Lo logramos al entrar en el proyecto de exploración como dos grandes científicos recomendados y lo utilizamos a usted como coartada. Usted nunca ha tenido ningún problema con su conducta impecable de piloto aviador espacial.

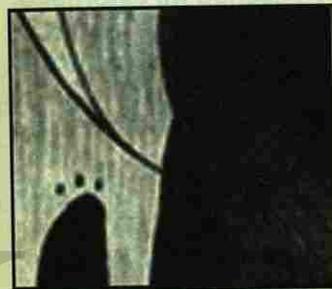
-¿Y qué piensan hacer al llegar a la Tierra?

-Empezar a introducir, poco a poco, las nuevas especies.

-¡Están locos! -corrí hacia él.

-¡Detente! - me dijo con desesperación y después disparó.

¿Qué pasó con el capitán y con la tripulación? -pregunté



desesperadamente.

-Cálmate, Darío, si tú no dices nada, todo estará bien.

Tenía que ver lo que pasó con el Capitán. Tenía que contarle sobre uno de los experimentos que se había hecho con una ardilla, la cual tenía los códigos de acceso para controlar la nave. No era un monstruo, pero

casi funcionaba como una computadora. Era un elemento frágil. El resto de los miembros de la tripulación estaban encerrados en diferentes sectores de la nave, de los cuales no podían salir ni estaban enterados de nada.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Lucía.

-Tienes que ir al corredor, en donde están las cápsulas -susurré-, yo me encargo de este loco.

-¡Pero muchos de los sectores están cerrados!

-Tú sólo obedece, cuando yo te diga corres.

En eso entró Néstor. El científico se puso a hacer unos cálculos, teníamos que aprovechar el momento. Le dije a Lucía "¡Vete!", mientras tomaba un frasco que estaba junto a mí.

-¿Dónde está tu hermana? -preguntó Néstor.

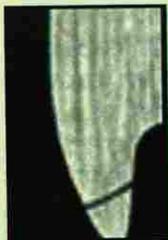
No esperé más. Le pegué con fuerza en la cabeza y calló rápidamente al suelo. Empecé a buscar en todo el laboratorio. Y por fin lo encontré: la ardilla. El animal se quedó inmóvil, tan sólo parpadeaba. Tomé una mochila. Al tenerla en las manos me di cuenta que su cerebro era de un tamaño más grande de lo normal. De hecho la protuberancia todavía se veía carnosa, rosada, por el transplante. La metí en la mochila. El Capitán tenía que verla, pero estaba tan pensativo que no me di cuenta que el científico Marcos estaba detrás de mí.

-¡Nunca saldrás con vida de aquí, Darío!

Sólo sentí algo punzante y frío atravesando mi estómago. Tuve que recargarme en la pared. Marcos se estaba acercando, pero el Capitán saltó sobre él. No se de dónde salió, pero al primer forcejeo el Capitán ya traía sangre en el pecho.

-¡Tienes que irte, Darío! -me gritó-, la única manera de establecer el verdadero control sobre la nave es por la base terrestre. Estos científicos tenían planeado escapar en una cápsula de escape, después de terminar con los experimentos - habló mientras acababa con Marcos de un golpe-. Todos nosotros vagaríamos en el espacio sin poder hacer nada y sin comunicación. Yo me quedaré con la demás tripulación y esperaré tu respuesta. Ahora vete.

Me separé de él. No había otra forma de resolver este problema. Pensé cuando iba en el pasillo la sangre que traía el Capitán en el pecho. Salí del laboratorio con un dolor cada vez más grande. Miré hacia atrás, Marcos se ponía de pie. Más al fondo se veía al Capitán en cucullas con un golpe en la cabeza. El pecho estaba totalmente rojo. Parecía un ídolo caído. Quise volver a entrar al pasillo para rescatarlo pero la puerta se cerró, con todo y Marcos y Néstor. Entendí que el Capitán se sacrificaba por nosotros. Tuve que continuar.



Estoy desesperado. No sé si sobreviviré. Veo todo rojo, alguien se está acercando apresuradamente.

-¡Darío! -sólo sentí que me abrazaba con fuerza-, ¡estás vivo!

Era Lucía, mi hermana.

-¿Lo conseguiste?

-Lo traigo en la mochila.

-¡Entonces corramos porque esto va a explotar! -Ella se dio cuenta-. ¡Estás sangrando! ¡Ella también!

Volteé a ver. Una mancha roja salía de la mochila.

Luisa

Wendover Javier Garza García

-No perdamos más tiempo. ¡Vámonos!

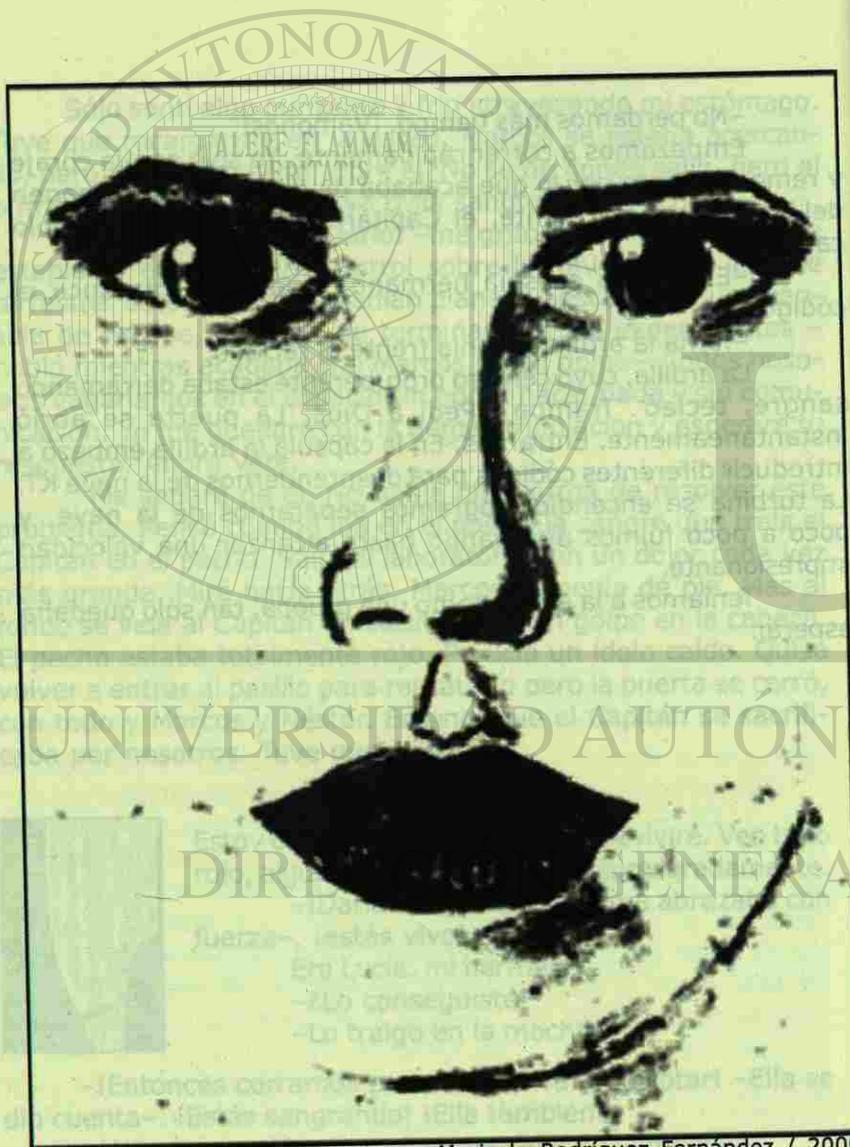
Empezamos a correr rápidamente. Yo sólo sentía coraje y remordimiento por lo que acababa de pasar. Tenía la imagen del Capitán en mi mente, el Capitán sentado como un ídolo caído.

-Esta es la cápsula hermano, tengo que introducir el código.

-Toma la ardilla y ponla frente al teclado.

La ardilla, cuyo cerebro protuberante estaba derramando sangre, tecleó "Trampa". Pedí a Dios. La puerta se abrió instantáneamente. Entramos. En la cápsula la ardilla empezó a introducir diferentes códigos para desprendernos de la nave KT. La turbina se encendió. Logramos separarnos de la nave, y poco a poco fuimos avanzando hasta alcanzar una velocidad impresionante.

Teníamos a la ardilla como una prueba, tan sólo quedaba esperar.



Maricela Rodríguez Fernández / 2000



Luisa

Francisco Javier Garza García

Esta noche es la última, la tormenta me lo ha dicho.

La puedo ver angustiada, temblando. Ahí va en su auto, despacio. Carolina enciende un cigarro. La música la tranquiliza un poco, eso espera. Los relámpagos se intensifican, la lluvia arrecia, la oscuridad se adueña de la noche, la sigo, está nerviosa, después de todo lo que ha pasado ya no sabe si llegar a casa sea adecuado.

-Gracias por traerme Carolina, nos vemos mañana.

-Ok, adiós.

-Adiós.

Diablos, ahora me quedé sola y era lo último que deseaba.

¿Por qué Luisa me habrá mentado? No puedo dejarla así, necesita ayuda.

El tráfico se detuvo, un choque, la espera hace que crezcan sus esperanzas.

Es extraño, después de tanto tiempo de estar juntas me doy cuenta de que realmente no la conocía, en estos días su actitud ha cambiado demasiado y todo a partir de esa llamada...

-¿Sí? Ella habla.

Yo estaba a un lado leyendo una revista, después de un largo silencio volteé a verla y miré cómo su rostro siempre expresivo estaba pálido y sin expresión alguna.

-Gracias por avisarme.

-¿Qué pasó, te encuentras bien?

-Sí, claro, voy a la cocina ¿Quieres algo?

-No, gracias.

Si hubiera contestado yo el teléfono, si hubiera...

Un relámpago ilumina la noche. Carolina se estremece. Carolina tiembla.

Al otro día Luisa salió muy temprano y llegó ya muy entrada la noche.

-¿Dónde estuviste?

-Comprándole un regalo a mi mamá y también traje algo para ti, Carolina.

-¡Una rosa!, gracias.

Me tomó de la mano, me acercó hacia ella haciendo que sus labios rozaran los míos y me besó. Fue un beso de amor pero... Había algo más en aquel beso, algo que nunca había sentido, era como si con ese beso quisiera escapar de algo, como si quisiera arrancar su corazón, entregármelo y marcharse.

El tráfico se despejó. El auto de Carolina avanza, me acerco hacia ella, nada puede impedírmelo. Entro en el auto, me siento a un lado de ella, desde aquí el clima se ve peor, la visibilidad es casi nula, la vista de Carolina está en la carretera pero sus pensamientos no.

Después Luisa me dijo que la que había llamado era su mamá, y me contó algo sobre una discusión familiar. No le creí, sin embargo no quise insistir. A partir de esa llamada se volvió muy solitaria y algunas veces la veía hablar por teléfono, subrepticamente, y en cuanto me veía colgaba. Me decía que era su mamá, pero por más que intentaba creerle sus palabras sonaban vacías, falsas. Pasó el tiempo y decidí hablarle a su mamá, nadie contestó. Así que le hablé a Julia, una amiga que vive en la misma ciudad que mi suegra, y le pedí que le dijera que se comunicara conmigo. Ese mismo día Julia me habló.

-¿Carolina?

-Sí, ¿quién habla?

-Hola, soy Julia, no sé cómo decirte esto, pero hace casi dos meses que la familia de

Luisa murió.

El auto se detiene, hemos llegado. Carolina está asustada, una lágrima corre por su mejilla. Mira la puerta de la casa, no sabe si es peor enfrentar la tormenta o a Luisa. Decide entrar, abre la puerta, entra y la cierra, intenta prender la luz pero no hay, sólo un par de velas encendidas en el centro de la mesa del comedor. Había sombras enormes por todos lados, tiene miedo, sabe que algo anda mal. Carolina agarra una vela.

Sabía que no debía dejarla sola.

Carolina le gritaba a Luisa, ésta nunca respondió, así que corrió buscándola por toda la casa y se detiene. Se escucha un murmullo, se acerca un poco más. Es Luisa, está hablando por teléfono, se detiene en la puerta. Carolina habla.

-Luisa, pensé que no estabas. ¿Con quién hablas?

-Estoy hablando con mi mamá.

Sentí un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo, entré y vi que la ventana estaba abierta. El viento y la lluvia mojaban el piso y parte de la cama, la cerré. Mientras lo hacía, vi cómo la tormenta hacía estragos en las calles, tumbando ramas de los árboles y haciendo volar basura por todos lados. El cuarto quedó a oscuras, encendí la vela ya que se había apagado con el aire. Encendí un cigarro y me paré frente a Luisa. La observé, su mirada que alguna vez me pareció inocente, ahora estaba perdida, vacía.

-Luisa.
-Dime.
Le colgué el teléfono.
-Tenemos que hablar.
-¿Por qué hiciste eso?!

-Luisa. Tranquila. Sé lo que estás sintiendo. Yo te voy ayudar a superarlo. Te amo.

-¿De qué hablas?

-De tus padres, de lo que pasó.

-¿Estás loca? No ha pasado nada.

-Luisa, tus padres murieron, ven dame un abrazo.

Noté que su rostro cambiaba. Luisa ya no lo era más. Luisa se había quedado en aquella llamada. Ella no era Luisa.

La ira.

Luisa se acercó a Carolina. Carolina tenía miedo, retrocedía. Intentó hablarle, no le respondía. Luisa la atacó, se le lanzó encima dándole de golpes, Carolina le gritaba que se detuviera. Luisa no le hacía caso y corría. Corría y gritaba. Luisa la perseguía, bajaron las escaleras, atravesaron el comedor, las sombras que antes había ahora tenían forma. Llegaron a la cocina. Carolina agarró un cuchillo tratando de defenderse. Se apagó la vela.

La oscuridad.

Luisa se acercó hacia ella. Hubo un silencio. Un grito. Un llanto. Me acerqué a observar. Sangre, mucha sangre, el llanto seguía. En un rincón estaba ella, llorando, arrepintiéndose de algo que no sabía, en el suelo, abrazando sus rodillas y su cabeza agachada. Una mujer había muerto y la otra hacía



El Niño

Carolina tenía miedo

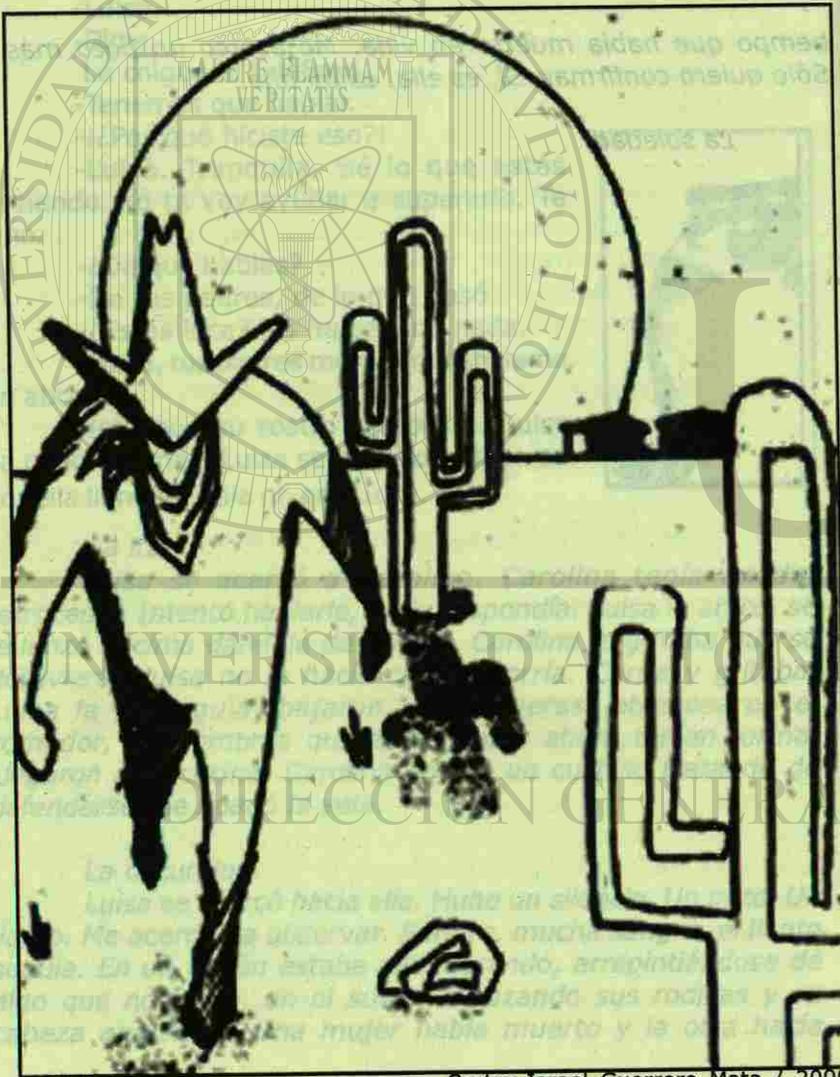
tiempo que había muerto en vida. Me acerco un poco más. Sólo quiero confirmar. Sí, es ella; es mi hija.

La soledad.

JUAN

OMA DE NUEVO LEÓN

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Carlos Israel Guerrero Mata / 2000



El Niño

Carlos Israel Guerrero Mata

Eran las doce del mediodía en el viejo pueblo semidesértico y árido de La Grande. Los ruidos del viento, de las puertas rechinantes y los arbustos secos rodando por el suelo se confundieron con los sonidos de los caballos a gran velocidad, las espuelas fuertemente golpeadas contra la tierra y los murmullos de los pocos moradores asustados del lugar. Había llegado al pueblo El Gavilán, un pistolero alto y de piel morena. Con pistola en mano descendió del caballo y entró a la cantina donde yo me encontraba y se acercó a mí.

-Tuerto, ¿dónde está El Niño? -dijo con un tono de voz muy golpeado.

-¿Para qué lo quieres? -respondí calmadamente.

-¡Tú bien sabes que lo quiero matar, dímelo ya idiota! -dijo alzando más la voz y desesperándose por mi actitud.

-Hace horas estaba ayudando a construir la presa. Ahora ha de estar cabalgando por ahí.

Me miró fijamente a los ojos con cara de incredulidad y tomó lo que quedaba de mi tarro de cerveza para después retirarse tranquilamente en su caballo.

El Gavilán y El Niño eran los más veloces pistoleros de la redonda. Siempre se les veía juntos en las buenas y en las malas. Cuando llegaron a La Grande, El Niño, apodado así por su cara joven, ayudó a los pueblerinos en la construcción de una presa donde trabajaba Don León, padre de El Gavilán, ganándose así el cariño y respeto del pueblo.

Un día anterior a éste cuando sólo se encontraban trabajando El Niño y Don León en lo alto, El Gavilán vio caer a su padre hasta el fondo de la presa, desapareciendo en la profundidad. Rápidamente subió hasta donde se encontraba El Niño, todavía sorprendido por lo ocurrido, para amenazarlo de muerte, acabando para el peor de los casos con su amistad.

Ahora, había llegado a buscarlo. El Gavilán no sabía que El Niño estaba a punto de tomar el tren a la salida del pueblo,

junto con Lucía, su novia, pues se siente responsable de la muerte de Don León.

Al salir de la cantina, El Gavilán cabalgó por algún motivo hacia la estación del tren, donde a lo lejos vio a El Niño abordándolo.

-¡Ya te vi desgraciado, no escaparás! -gritó desde lo lejos mientras encajaba las espuelas en el costado del caballo para aumentar la velocidad.

-¡No escaparás, no escaparás! -decía cuando de un salto subió a la parte trasera del tren.

El Gavilán corrió entre los vagones del tren y encontró a El Niño. Después de desenfundar su pistola gritó: -¡Tú lo mataste y yo te creía mi amigo!

-Estás equivocado, yo no lo maté -respondió El Niño mientras corría para subir al techo del tren.

El Niño le temía al Gavilán, pero pensó que después de esta equivocación todavía podían ser amigos.

En lo alto del tren los dos discutieron.

-¿Por qué lo mataste? -le reclamó El Gavilán con lágrimas.

-¡Yo no lo maté! Él solo se dejó caer, ¡créeme! -respondió El Niño con sinceridad.

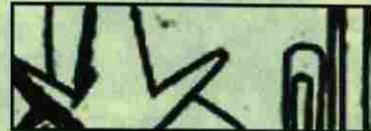
-¡Mentiroso! -gritó desesperadamente el hijo de Don León mientras vaciaba la cámara del revólver en el cuerpo de su amigo. La gente sacó la cabeza pero no vieron nada, parecía que se asomaban en un viaje turístico.

De regreso a La Grande, El Gavilán se encontró con su padre maltrecho, sentado bajo un árbol, al lado mío.

-¡Padre! -dijo con asombro en su cara.

-Hijo, siéntate junto a mí -contestó Don León con voz calmada y poca respiración-. De tiempo atrás me han estado dando unos ataques que me es imposible controlar. Ayer en la tarde en la presa, cuando estaba trabajando en lo alto, mi

cuerpo se debilitó y caí hasta el fondo. Después lo único que recuerdo fueron unas palabras en medio de una luz brillante que me



decía "todavía no puedes morir, todavía no puedes morir". Luego desperté bajo este árbol y con El Tuerto tratando de revivirme.

-Padre -interrumpió El Gavilán cabizbajo, tratando de ocultar el nerviosismo en sus ojos-. Acabo de matar al Niño. A mi mejor amigo.

-Me lo imaginé, me dijo El Tuerto que lo andabas buscando -asintió Don León, tomando al Gavilán del hombro, -lo menos que podemos hacer por él es terminar el trabajo que estaba haciendo. Ver la presa terminada.

Dos días después de haber sido concluida la presa, fue encontrado sin vida el cuerpo del Gavilán en el interior de su recámara. Se había disparado en la garganta con el revólver dorado de El Niño. Esa misma noche abandoné el pueblo sin rumbo fijo. Traía una historia entre manos que quería olvidar. Intentaba alejarme de la mala presencia que rondaba La Grande. Después de haber visto a Don León, escucharlo hablar y platicar con él, cualquiera de los dos podía ser el siguiente muerto.



Carlos Gerardo Velázquez Esquina / 2000



Querido Momo

Ana Gabriela Vega

Eran las once de la noche y el ruido de la calle sigue funcionando. Alex no sabía a dónde iba, lo único que quería era salir de su casa. Estuvo vagando por muchos lugares, pensando en una solución a sus problemas. No supo cómo pero encontró un lugar al que nunca había ido. ¿Un lugar o un demonio?... Caminó por un largo muelle oscuro y se sentó al final de éste, vio que algo se movía en el agua rápidamente, fijó su mirada y era un delfín que empezó a dar saltos y piruetas. Él se acercó para verlo y el delfín también y de pronto Alex empezó a sentir una paz que no había tenido desde hace algunos días. Ese ser con tanta nobleza viéndolo directamente, lo hizo sentirse especial y exaltado. Se quedó maravillado. Su sensación de soledad que venía sintiendo desde hace mucho tiempo, se acabó por unos minutos. Después de un rato cuando vio que era medianoche decidió regresar a su casa. Pero ahora no regresaba a discutir sino que iba tranquilo con ganas de volver a ver al delfín, al otro día.

-¿Bueno?

-¿Eres tú?

-Sí, soy yo. ¿Ya sabes qué hora es?

-Sí, ya sé.

-Bueno, qué pasa, por qué me hablas a esta hora.

-Conocí a alguien muy especial, y quiero que lo conozcas.

-¿Quién es?

-Mañana te lo presento.

-¿Y para eso me hablas?

-Mañana vas a ver que te emocionarás igual que yo.

-Si tú lo dices...

-Adiós.

-Bye.

Alex y yo nos habíamos quedado de ver a las 7:30 en la cafetería de mi escuela. Él como siempre

llegó tarde. Después caminamos por un largo rato y pasamos por muchos lugares desconocidos. Llegamos a un muelle lejano, ya estaba oscureciendo. Alex me llevó al final del muelle.

-La noche es muy oscura, ¿lo sabes?

Miraba fijamente el mar como esperando algo. Yo lo notaba diferente. En su rostro había emoción y alegría. Una alegría tersa y despreciable. El mar lo abarcaba todo. Es mi todo. En eso apareció. Salió de la nada, dando un salto que me sorprendió. El delfín se acercó, Alex estaba tan alegre de volver a verlo que yo también me alegré. Yo me acerqué a verlo. Lloraba. Era uno de los seres más hermosos que había visto en toda mi vida. Lo mejor era que el delfín irradiaba una sensación de paz y alegría (tersa y negra como la de Alex) inexplicables. Era algo que el animal nos hacía sentir... Una sensación. En ese momento entendí lo que le pasaba a Alex. Parecíamos tener una conexión especial con el delfín.

En el camino decidimos ponerle el nombre de Momo. No sé por qué pero, hoy por hoy, me dicen así. Alex me decía maravillas de la comunicación que se puede tener con un animal del mar y expresar tantas cosas. Cuando llegué a mi casa me



sentía cansado, tenía ganas de contarles a todos de Momo, mi amigo el delfín, pero lo único que les dije fue que los quería mucho y les deseaba buenas noches. La última vez que los vería.

Al día siguiente volví con Alex y estaba muy feliz. Más feliz por

dentro que por fuera. Había hablado bien con su familia. Me dijo que cuando llegó a su casa sintió unas enormes ganas de decirles cuánto los quería -igual yo- y lo agradecido que estaba por todo. Y así lo hizo, platicó con ellos y muy seriamente les dijo que los quería volver a ver. La familia no entendió nada. Se miraron entre sí. Qué ridículos, no entendieron nada. Momo me platicaba en el camino que le gustaría hacer algo que estuviera relacionado con la vida marítima, matar ballenas o tiburones. Nuestra especial deficiencia era una nobleza en él, su sentimiento por los humanos. Llegamos. Nuestro amigo estaba ahí casi esperándonos, y de él surgió la magia. Nos transformamos inmediatamente. El cielo, el mar, el suelo eran nuestra unión especial.

Momo, Alex y yo habíamos cambiado mucho. Teníamos algo que hacer. Mi voz eran sus actos acuáticos, subterráneos. Ahora veíamos las cosas transparentes como en el mar, por así decirlo. Momo nos había enseñado a comunicarnos. Nos dimos cuenta que nuestros problemas se debían solamente a la falta de comunicación. También aprendimos a decir Te quiero.



El capítulo final de la historia es cuando estamos aquí.

-Raquel.

-Sí, Alex, qué onda.

-Te tengo una sorpresa, te espero en mi casa.

-Sí, claro.

Ese día Raquel me enseñó su nota de inscripción en la escuela. Iba a ser bióloga marina. Sus días estaban contados. Fuimos a celebrar después de estar con ella, con Momo. Invitamos a Fernando, su novio, otro amigo que no regresaría. No podría decir todo lo que sucedió ahí, la alegría, el frenesí, pero sí

puedo asegurar que aquel momento lo terminamos en Guyanas, procedentes de Estados Unidos.

El primer día que fuimos a verlos –el único– a Raquel y Fernando, nos encontramos con otra persona que también sabía de nuestra mascota. Se llamaba Sara y era amiga de Momo –ella todavía sobrevive, yo soy su carcelero–. De hecho ella nos contó que había cambiado mucho desde que lo había conocido. Yo la conocí en las Antillas. Y así empezamos a tratarnos y nos hicimos amigos. Creo que Raquel y Fernando se gustaron y ahora son más que amigos. Es extraño que Momo no envidie esa relación, por abajo del agua. En cualquier charco pudo explotar, salir y hacer piruetas para ellos. En fin, todo esto es un ejemplo. De lo que se trata es de tener un amigo y que aprendamos a querernos un poco más.



Joey

Alba Cecilia Garza Campos

Un leve olor a sudor reciente flotaba en el aire. Rostros sonrientes con sudor y maquillaje se felicitaban y comentaban los pormenores de la función que acababan de presentar. Terminaron de guardar la producción y todos se dirigieron cansados pero felices, a tomar algo.

Gauner, el dueño de la compañía, recibía críticas y felicitaciones de una conocida. Sánchez, el coreógrafo de Magic Smile, se acercó a él y le dijo:

–Pepe, ahí está el muchacho del que te hablé.

–Ah sí, dile que me espere tantito –dijo Gauner mientras la expresión de su rostro dejaba ver las pocas ganas que tenía de hablar con el joven.

Sánchez había conocido a Chuy la noche anterior en la disco gay. La frecuentaba con su pareja, ahora lo había invitado a trabajar.

–Ahorita viene Gauner, espérate tantito –le dijo Sánchez a Chuy, al mismo tiempo que lo saludaba.

–No pensé que ibas a venir hoy –dijo Sánchez.

–Es que necesito el trabajo –dijo Chuy–. Bueno... –cambió el tono de voz rápidamente– aunque dinero no me falta. Pero ya me cansé de estar sin hacer nada.

–Sí, te entiendo –dijo Sánchez, mientras pensaba “que chavo tan mamón”.

–Hola, soy José Gauner –interrumpió Pepe y saludó de mano y con una sonrisa de cortesía a Chuy.

–Mucho gusto, Jesús Torres –contestó Chuy. Empezaron hablar de cosas de trabajo, sobre la experiencia en radio y televisión que tenía, etcétera, mientras Sánchez observaba detenidamente a Chuy.

Se ve diferente –pensó–, anoche se veía bien obvia y ahorita hasta parece buga. Su actitud, su ropa, pareciera que hubiera cambiado de un día para otro.

Como Pepe y Chuy estaban en la puerta de salida del

puedo asegurar que aquel momento lo terminamos en Guyanas, procedentes de Estados Unidos.

El primer día que fuimos a verlos –el único– a Raquel y Fernando, nos encontramos con otra persona que también sabía de nuestra mascota. Se llamaba Sara y era amiga de Momo –ella todavía sobrevive, yo soy su carcelero–. De hecho ella nos contó que había cambiado mucho desde que lo había conocido. Yo la conocí en las Antillas. Y así empezamos a tratarnos y nos hicimos amigos. Creo que Raquel y Fernando se gustaron y ahora son más que amigos. Es extraño que Momo no envidie esa relación, por abajo del agua. En cualquier charco pudo explotar, salir y hacer piruetas para ellos. En fin, todo esto es un ejemplo. De lo que se trata es de tener un amigo y que aprendamos a querernos un poco más.



Joey

Alba Cecilia Garza Campos

Un leve olor a sudor reciente flotaba en el aire. Rostros sonrientes con sudor y maquillaje se felicitaban y comentaban los pormenores de la función que acababan de presentar. Terminaron de guardar la producción y todos se dirigieron cansados pero felices, a tomar algo.

Gauner, el dueño de la compañía, recibía críticas y felicitaciones de una conocida. Sánchez, el coreógrafo de Magic Smile, se acercó a él y le dijo:

–Pepe, ahí está el muchacho del que te hablé.

–Ah sí, dile que me espere tantito –dijo Gauner mientras la expresión de su rostro dejaba ver las pocas ganas que tenía de hablar con el joven.

Sánchez había conocido a Chuy la noche anterior en la disco gay. La frecuentaba con su pareja, ahora lo había invitado a trabajar.

–Ahorita viene Gauner, espérate tantito –le dijo Sánchez a Chuy, al mismo tiempo que lo saludaba.

–No pensé que ibas a venir hoy –dijo Sánchez.

–Es que necesito el trabajo –dijo Chuy–. Bueno... –cambió el tono de voz rápidamente– aunque dinero no me falta. Pero ya me cansé de estar sin hacer nada.

–Sí, te entiendo –dijo Sánchez, mientras pensaba “que chavo tan mamón”.

–Hola, soy José Gauner –interrumpió Pepe y saludó de mano y con una sonrisa de cortesía a Chuy.

–Mucho gusto, Jesús Torres –contestó Chuy. Empezaron hablar de cosas de trabajo, sobre la experiencia en radio y televisión que tenía, etcétera, mientras Sánchez observaba detenidamente a Chuy.

Se ve diferente –pensó–, anoche se veía bien obvia y ahorita hasta parece buga. Su actitud, su ropa, pareciera que hubiera cambiado de un día para otro.

Como Pepe y Chuy estaban en la puerta de salida del



Yusif Marcos Salas / 2000

lugar, todos los muchachos del Fantasy, otro club gay, pasaban por ahí para ir a la camioneta, no podían evitar quedarse viendo. Todo el grupo subió a la camioneta y se dirigieron a la oficina.

En el camino al Magic Smile siguieron comentando sobre la función y otras cosas. Al llegar, empezaron a descargar las cosas. Todos vieron por el vidrio de la puerta a Pepe Gauner platicando con Chuy, que había llegado antes que ellos.

–¿Quién ese? –preguntó Iván a Layda.

–No sé. Parece que va a suplir a Juan, lo trajo Sánchez –contestó Layda sin voltear e indiferente. De pronto, entre todo el bullicio de los muchachos, sobresalió la fuerte voz de Gauner llamándolos a todos. Cuando todos estuvieron reunidos, Gauner esperó paciente a que callaran.

–Muchachos, mañana es la fiesta del aniversario de Magic Smile –cambió el tono de voz a uno más severo–, sólo de Magic Smile. Así que no traigan a nadie ajeno a la compañía. Otra cosa –y cambió la expresión de su rostro a una más de tedio– éste es el nuevo integrante, va a suplir a Juan –y señaló a Chuy.

Todos escuchaban atentos cuando Chuy de pronto vio a Jorge, un joven alto y fornido que también escuchaba a Gauner. De pronto pareció como si todos hubieran desaparecido. Ya no escuchaba ni veía a nadie que no fuera Jorge, quien físicamente se parecía mucho a la anterior pareja de Chuy. Éste se sintió cautivado en un instante. Estuvo mirándolo por unos segundos, aunque sintió como si fuera una eternidad... Lejos, muy lejos se escuchaban algunas voces cuando de pronto sus miradas se cruzaron. Jorge le sonrió. En ese instante Chuy sintió cómo una extraña, pero hermosa sensación le recorría por todo el cuerpo. Súbitamente volvió en sí...

–El sábado empiezan a ponerle todas las coreografías –dijo Gauner dirigiéndose a Sánchez y él asentía con la cabeza– Bueno muchachos, ya pueden irse, los espero mañana en la fiesta.

Todos los muchachos fueron abandonando el lugar y Chuy estaba esperando a que se fuera Jorge para irse con él. En un instante, sólo quedaron ellos dos y Gauner en el lugar. Mientras éste hablaba por teléfono en su oficina, afuera en una bardita que cercaba un árbol estaban sentados Chuy y Jorge. Chuy apenas iba a iniciar una conversación cuando salió Gauner.

-¡Y tú por que todavía no te largas, aborto del infierno! -bromeó Gauner con Jorge, mientras sonreía.

-Es que quiero un préstamo -contestó riéndose.

-Hoy no es jueves, ni de chiste mi hijito -dijo Gauner al mismo tiempo que le daba la espalda y caminaba rápidamente a su oficina, Jorge lo siguió.

-Si, ya sé, pero mañana es la fiesta y tú vas andar muy ocupado. Y yo necesito el dinero ahorita.

-Está bien, pero que sea la última vez -y entraron y cerraron la oficina.

Afuera Chuy estaba sentado en un escalón de la entrada, mirando al cielo. Pensando, sentado ahí se veía tan indefenso. Estaba casi en cuclillas, abrazando sus rodillas, parecía un muñeco manejable e infantil. Su rubio cabello era acariciado suavemente por una brisa fresca, mientras su mente empezó a volar: imaginaba a Jorge mirándolo, sonriéndole, empezó a recordar los breves pero hermosos momentos cuando fue presentado al grupo y vio por primera vez a Jorge con su hermosa mirada, profunda e hipnotizante. Esa sonrisa, esa gran sonrisa que le iluminaba bellamente el rostro y que nada, ninguna otra cosa podía opacar. "Me miró, me miró y me sonrió." Seguro que yo también le gusto. Una sonrisa le invadió el rostro y lentamente empezó a repetir en la mente: Jorge, Jorge, Jorge...

-Jorge -dijo en voz baja, sin darse cuenta que sus pensamientos habían tomado forma y habían escapado de su mente.

-Me hablas -dijo Jorge mientras salía del lugar y guarda-

ba algo en su cartera.

-Qué... -dijo Chuy con una voz entrecortada.

-¿No me hablaste?

-Ah, sí, este... hmm, ¿ya te vas? -dijo Chuy mientras se ponía de pie.

-Sí -dijo Jorge mientras fruncía el ceño y hacía un gesto de extrañeza apenas perceptible.

-¿Para dónde vas?

-Camino a Félix U. Gómez y ahí tomo un camión que me lleva a Arteaga. Ahí tomo otro.

-¿Dónde vives?

-En Apodaca.

-¿Me voy contigo?

-Sí -dijo Jorge mientras tomaba su mochila del piso y empezaba a caminar.

-Tomas el Pesquería, ¿verdad?

-Sí, ¿cómo sabes? -dijo Jorge con una expresión de sorpresa en su rostro.

-Es que yo sé para allá, viví un tiempo en Apodaca.

-¿Ah sí? ¿En qué parte?

-En el Centro -contestó Chuy, feliz porque ya se había iniciado una conversación.

-Yo vivo en el Centro. ¿En qué calle vivías?

-No me acuerdo el nombre -dijo Chuy y cambió el tono de voz a uno más triste-, pero ya no hablemos de eso, no quiero acordarme de cosas tristes -y bajó la mirada.

-Bueno... -dijo Jorge sorprendido y sin saber qué decir- ¿Y ahorita para dónde vas?

-También puedo tomar el Pesquería, vivo más delante de Wal-Mart.

-¿En Vista Sol? -preguntó Jorge mientras fijaba sus ojos en Chuy.

-Sí.

-Yo conozco mucha gente de por ahí. ¿En qué calle vives?

-En la que da a la avenida Miguel Alemán, pero... -cambió el tono de voz nuevamente- ahorita no conozco a nadie. Tengo poco viviendo ahí, como dos meses -dijo Chuy queriendo cambiar de tema.

-¿Dónde vivías antes?

-En Ciudad Matamoros. Toda mi vida había vivido ahí, toda la experiencia que tengo la hice allá.

-¿Qué experiencia? -preguntó Jorge.

-Trabajé cinco años en radio y luego dos en un programa de televisión.

-¿En qué canal?

-Uno de allá, pero sólo lo pasaban por cable.

Jorge lo escuchaba atento e interesado, ya que también había trabajado en eso.

-Después hice algunos comerciales y luego me vine a Monterrey.

En esos momentos ya habían llegado a la parada y Jorge estaba viendo si venía algún camión.

-Vámonos en ése -dijo Jorge señalando un camión, y le hizo la parada.

Ya arriba del camión siguieron platicando, ahora más interesados.

-¿Cuánto tiempo tienes viviendo aquí?

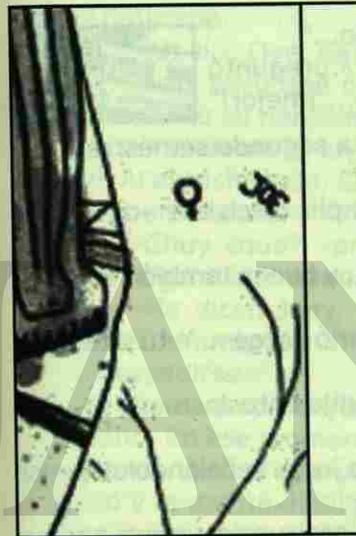
-Dos meses -contestó Chuy, que se sonrojó. Jorge lo miraba a los ojos, sentía una fuerza extraña que se apoderaba de él cada vez más y que hacía que se le erizara la piel.

-¿Y por qué te viniste? ¿Qué te hizo cambiar lo más por lo menos?

-Quería cambiar de vida, ya estaba hartó.

-¿A los cuántos años empezaste?

-A los catorce. Pero no sólo fue eso, también tuve bron-



cas en mi casa.

-¿Y con quién vives ahorita -preguntó Jorge más interesado ahora, veía algo al fondo de toda la plática.

-Con una prima, pero ya no quiero vivir con ella. No nos llevamos muy bien...

Cortó la conversación, interrumpido por el brazo de Jorge que le pasó por la cara para señalarle la parada al camión.

-Vamos -dijo Jorge mientras se levantaba de su asiento y se dirigía a la puerta. Chuy se levantó y lo siguió. Cuando iba detrás de él observó cada uno de sus movimien-

tos, analizaba cada parte de su cuerpo, deseando con todas sus fuerzas poder tocarlo, abrazarlo.

Se bajaron del camión y cruzaron la avenida. Llegaron a la parada y se recargaron en una barda. La calle estaba desierta, era tarde y tampoco pasaban muchos camiones.

-¿Tienes mucho en Magic Smile? -preguntó Chuy, mientras se volteaba de modo que quedó frente a Jorge y dando la espalda al lugar de donde venían los camiones.

-Como tres meses, pero yo creo que ya me voy a salir -dijo Jorge.

-¿Por qué?, ¿no te gusta o qué? -Chuy pensaba al mismo tiempo que no había nadie a su alrededor, eran sólo Jorge y él... su Jorge.

-Claro que me gusta, estoy muy a gusto, pero ya no voy a poder con la Prepa, y tengo otros proyectos -dijo Jorge al mismo tiempo que pensaba: "Se está tardando mucho el

camión... a lo mejor ya pasó el último..."

-¡Ah!, ¿estás en la Prepa? -preguntó Chuy, mientras pensaba: "Está chico... ¡mejor!"



-Sí, la próxima semana entro a segundo semestre.

-Pues, ¿cuántos años tienes?

-Dieciséis, pero ya voy a cumplir diecisiete -dijo Jorge en tono infantil.

-Aparentas más edad... física... y bueno también tu forma de ser.

-Sí, ya me lo han dicho -sonrió Jorge-. Y tú ¿cuántos años tienes?

-Acabo de cumplir veintiuno -dijo entusiasmado Chuy al ver el interés de Jorge.

-Mira, ahí viene el camión -dijo Jorge señalándolo -pensé que ya no iba a pasar.

Subieron al camión, que iba casi vacío. Jorge pagó y rápidamente se sentó en un asiento con las piernas estiradas, evitando que Chuy se sentara junto a él. A éste no le quedó más que sentarse en el asiento de atrás. Aunque ya no lo tenía tan cerca lo podía observar mejor, lo examinó todo el camino, ya que los dos iban callados. Su corto cabello café oscuro, sus ojos cafés y esa hermosa y profunda mirada, su nariz, su boca, toda su cara le parecía bella... Su cuerpo fornido y bien formado. Chuy se imaginaba abrazándolo, besándolo... cuando Jorge sintió su mirada.

-¿Vas a ir a la fiesta mañana?

-No sé, no conozco a nadie... -dijo Chuy bajando la mirada.

-Ve, las fiestas de Magic Smile se ponen con madre.

El camión iba acercándose a Wal-Mart, el lugar donde Chuy había dicho que vivía.

-¿Ya te vas a bajar no? -preguntó Jorge al ver que Chuy

no le timbraba.

-Ah sí... Oye, dame tu teléfono por si algo se ofrece.

Jorge sacó una pluma de la mochila y en un boleto de camión anotó su nombre y teléfono.

-Y tú dame el tuyo -dijo Jorge mientras le entregaba el papel. Al escuchar eso, Chuy sintió que el corazón le comenzaba a latir fuertemente.

-Chuy ¿qué? -preguntó Jorge mientras se disponía a anotar algo en su mano.

-Me dicen Joey, es el 371 83 27... Bueno -dijo Chuy mientras le timbraba al camión y le extendía la mano a Jorge para despedirse.

-Nos vemos mañana -dijo Jorge y le dio un fuerte apretón de mano. En ese momento Chuy sintió como que algo eléctrico le recorría todo el cuerpo, era una sensación que le llenaba el cuerpo y la mente de algo que nunca antes había sentido.

"Lo quiero" -pensó, y bajó del camión. Se quedó viendo cómo se alejaba el camión, cruzó la calle y tomó otro camión para regresar a Monterrey. Vivía en el lado opuesto de la ciudad.

¿Bueno? -contestó Jorge el teléfono. Su voz se oía adormilada, eran las 8:00 a.m. del día siguiente y se acababa de despertar.

-¿Está Jorge? -preguntó Chuy.

-Él habla... ¿quién es?

-Habla Joey, ¿estabas dormido?

-No. ¿Qué onda? -Jorge dio un bostezo.

-Oye, me puedes acompañar a una tienda, es que no sé dónde queda, no conozco bien la ciudad, y si quieres, después vamos a almorzar.

-Es que... -dijo Jorge más despierto - no tengo dinero. El préstamo de ayer se lo di a mi mamá.

-No importa, yo te presto.

-Mmm... bueno -dijo apenado- ¿dónde nos vemos?
-Si quieres, en el Magic Smile.
-Está bien, en una hora nos vemos. Es que me voy a bañar.

-Bueno, nos vemos al rato -colgó Chuy emocionado y ansioso. Jorge se bañó y se vistió rápidamente.

-Al rato vengo, mamá.

-¿A dónde vas?

-Voy con un chavo de Magic Smile, lo voy acompañar a unas vueltas.

-¿Es el que conociste ayer? -preguntó la mamá de Jorge, arqueando la ceja y con una expresión de desconfianza.

-Sí, es que no conoce a nadie y se me hizo gacho decirle que no... Bueno, bye. -Y se fue.

Chuy llegó antes a Magic Smile, y estaba cerrado. Se sentó en los escalones de afuera y empezó a pensar en Jorge, no podía sacarlo de su mente, estaba verdaderamente enamorado. Llegó Jorge y rápidamente lo saludo y después tomaron un taxi. Se dirigieron a una casa muy vieja y descuidada en el centro de la ciudad. El taxi se detuvo enfrente.

-Espérame aquí, no me tardo -dijo Chuy al bajar del taxi, y después entró corriendo al lugar. Pasaron cinco minutos y Chuy salió del lugar y subió al taxi-. Dele a Matamoros -le dijo al chofer y luego se dirigió a Jorge-. Vamos a almorzar. "¿No íbamos a una tienda?", pensó Jorge, pero no dijo nada.

Llegaron a un restaurante, almorzaron y estuvieron platicando de muchas cosas. Chuy le contó de su vida, de su "triste vida", de la "novia" que lo abandonó en el altar, de su hermano muerto, etc. Aunque muchos datos no concordaban Jorge se conmovió y no quiso pensar mal. Salieron del lugar y Chuy le hizo la parada a un taxi.

-¿A dónde vamos?

-Súbete, ahorita te digo -y subieron al ecotaxi-, vamos

al cine, tengo muchas ganas de ver una película.

-Pero yo me tengo que ir a mi casa, le dije a mi mamá que iba a llegar temprano.

-¿Y si le avisas por teléfono? -dijo Chuy mientras se sacaba una tarjeta telefónica-.

No creo que se enoje -dijo mientras se la entregaba.

Pasaron todo el día juntos. Después del cine fueron a comer. Jorge apenado aceptaba que Chuy pagara todo. Saliendo del lugar donde comieron, afuera en la banqueta había un hombre de aspecto triste y sombrío estaba sentado vendiendo anillos y collares.

"Parece muerto", pensó Jorge al verlo. Chuy se detuvo, se agachó y tomó dos anillos de plata iguales.

-¿Cuánto cuestan? -preguntó.

-Dame treinta -contestó el hombre. Chuy le dio un billete de cincuenta pesos.

-Quédese con la feria -dijo, y siguieron caminando.

-Quiero darte esto -dijo Chuy ofreciéndole uno de los anillos a Jorge y mirándolo a los ojos.- Tú eres la única persona que me ha ayudado desinteresadamente, aunque tengo muy poco tiempo de conocerte, te considero mi mejor amigo.

-Gracias -lo tomó sin saber qué decir. Se lo puso apenado y sorprendido a la vez. En ese instante sin saber por qué, algo, una fuerza extraña, lo impulsó en contra de su voluntad a darle un abrazo. "¿Qué estoy haciendo?", pensó. Chuy respondió al abrazo y le sonrió, sintiendo una especie de droga que se apoderaba de su cuerpo y de su mente. Ese corto abrazo lo



sintió casi eterno, estaba casi seguro de que en cualquier momento sus dos cuerpos se iban a fusionar en uno solo. "Es amor", pensó Chuy, "no puede ser otra cosa."

-Pinches jotos -dijo el hombre que le vendió los anillos y los observaba de lejos-, siempre acaban mal.

-Tengo que ir a mi casa a bañarme, para la fiesta -dijo Jorge.

-Yo también -contestó Chuy-. Nos vemos al rato, yo tengo que hacer otras vueltas

-se despidieron y cada quien tomó un camino diferente.

La noche era fresca y amenazaba con llover. Jorge llegó a Magic Smile saludando a todos.

-¿No ha llegado Joey? -le preguntó a Iván.

-¿Quién es ese?

-Chuy, el nuevo, lo que pasa es que le dicen Joey -y le contó todo lo que habían hecho en el día.

-De seguro le gustas.

-Claro que no, él no es gay.

-¿Y el anillo que te regaló? ¿Cuánto va a que no vive en Apodaca?

-¿Cómo sabes?

-Yo conozco a mi gente. Pero no importa. Por si las moscas tú nada más aclara las cosas con él, no vaya haber problemas -advirtió Iván.

Jorge sintió un escalofrío en su cuerpo, se quedó pensativo y decidió hablar con Chuy en cuanto él llegara.

-Qué onda, Joey.

-Hola -dijo Chuy al tiempo que emocionado trataba de abrazar a Jorge y éste se alejaba.

-Oye, tenemos que hablar -le dijo mientras le señalaba con la mano que se sentara en una bardita.

En el rostro de Chuy no podía disimularse la emoción.

-Mira, no sé como empezar... este, lo que pasa es que

Historias Paralelas

tengo que preguntarte algo... ¿Chuy, eres gay?

-¿Qué? ¿Por qué me preguntas eso? -contestó sorprendido Chuy.

-Pues mira, lo que pasa es que... ¡Hola mi amor! -gritó Jorge de repente emocionado mientras se paraba de un salto y daba unos pasos para abrazar a una joven.

-Mira, Joey, ella es Lisseth, es mi novia -dijo Jorge.

-Mucho gusto -contestó Chuy al tiempo que una fuerte punzada empezaba a atravesar su pecho y se le extendía por todo el cuerpo.

-Al rato platicamos -se desentendió Jorge de Chuy mientras abrazaba a Lisseth. Desapareció en el Magic Smile.

Chuy se quedó sentado, una lágrima atravesó su rostro. Un dolor inmenso se apoderaba de él, lentamente todo el amor que tenía dentro se convirtió en coraje y odio y sus ojos se llenaron de ira.

-¡Es mío! -murmuró en hacia adentro y entró a la fiesta.

Como a las 11:30 p.m. Jorge se despidió de Lisseth, y ésta se fue.

-Ven, Joey -Jorge le habló a Chuy y otra vez salieron.

-Permíteme hablar -dijo Chuy-. Estuve pensando y creo que te confundiste, yo no soy gay.

-Sí. Lo que pasa es que... -dijo Jorge pero Chuy lo interrumpió.

...así que vamos a olvidarnos de este malentendido. Aquí no ha pasado nada ¿Ok? -Chuy le ofreció una gran sonrisa.

-Bueno, no iba a decir nada -dijo Jorge.

Rato después, mientras Jorge le contaba todo a Iván, Chuy se acercó con una bebida en la mano, a la que minutos antes le había puesto algo.

-Ten.

-Gracias -contestó Jorge y le dio un trago. Iván se retiró- ¡Oye, está muy cargado!

-Es la noche -Chuy y Jorge se sonrieron y Jorge decidió tomárselo todo.

Un rato más tarde Jorge se despidió de todos un poco mareado y se fue con Chuy. "Es muy temprano", pensó Iván pero no le dio mucha importancia.

A la mañana siguiente los cuerpos de Jorge y Chuy fueron encontrados en un lugar cerca de Magic Smile, el Paseo Santa Lucía, sin vida. Jorge había recibido 27 puñaladas y Chuy

se había cortado las venas, dejando un escrito en su mano. El cuerpo de Chuy estaba fuertemente aferrado al de Jorge, abrazados, tirados en un charco de sangre. El escrito decía:

*da un dulce beso a las profundas
llagas del dolor*

da libertad con amor desenfrenado

*da sueños efímeros y visiones de
austera realidad*

*da el aroma divino de tu pelo y la
sonrisa encantadora de tu rostro*

*da una noche mágica de tu vida y
un plentero amanecer tardío*

da vino hechicero

*da mil palabras exuberantemente
hermosas para escribir la belleza de tu
ser*

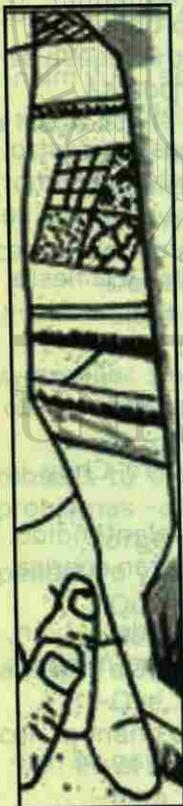
*vuelve tierno y amoroso a este
demente poeta amordazado*

regala tu insensata indiferencia

obséquiate la cálida muerte y te

daré mis lágrimas para brindar o llorar

a Jorge otra vez de Jesús



Historias Paralelas

José Antonio Vázquez Aceves

Era una tarde fresca de principios de noviembre. Ella nunca se había fijado en mí, recuerdo que éramos compañeros en la Escuela de Arte de Guanajuato. Sofía era la chica más popular de segundo semestre, era muy guapa, pelo negro hasta los hombros, tez blanca, tanto que cuando le daba el sol parecía que emanaba luz. Sus ojos tan expresivos y unos labios tan hermosos hacían muy buena combinación con las facciones delgadas de su rostro. A pesar de que estuvimos juntos solamente por un semestre -ella se marchó a Monterrey-, nunca me animé a hablarle porque ella andaba con un chavo llamado Francisco, que también se fue a Monterrey.

Sofía estudiaba la especialidad de Plásticas, su sueño era llegar a ser una reconocida pintora. Pasaron los años y la relación de ellos se consolidó aún más, tenían ya algún tiempo de novios y estaban por terminar la carrera, era una bonita pareja. Como examen final tenían que organizar una exposición de su trabajo realizado durante el último semestre. Eso ya no lo vi, pero me lo contaron todo...

Martha era compañera de Sofía, se la encontró en un pasillo:

-Hola, Sofía, ¿cómo estás?-preguntó Martha con una falsa sonrisa.

-Muy bien, ¿y tú?

-Un poco nerviosa, ya que ser la organizadora del evento es una responsabilidad muy grande.

-Me lo imagino, yo también estoy muy nerviosa y a la vez preocupada.

-Pero ¿por qué? Si tus cuadros son preciosos, muy bien hechos y con una técnica excelente.

-Muchas gracias -contestó Sofía-, pero no es exactamente lo que quería plasmar. No me imaginaba que el ambiente artístico fuera tan difícil, ya que para poderla hacer

-Es la noche -Chuy y Jorge se sonrieron y Jorge decidió tomárselo todo.

Un rato más tarde Jorge se despidió de todos un poco mareado y se fue con Chuy. "Es muy temprano", pensó Iván pero no le dio mucha importancia.

A la mañana siguiente los cuerpos de Jorge y Chuy fueron encontrados en un lugar cerca de Magic Smile, el Paseo Santa Lucía, sin vida. Jorge había recibido 27 puñaladas y Chuy

se había cortado las venas, dejando un escrito en su mano. El cuerpo de Chuy estaba fuertemente aferrado al de Jorge, abrazados, tirados en un charco de sangre. El escrito decía:

*da un dulce beso a las profundas
llagas del dolor*

da libertad con amor desenfrenado

*da sueños efímeros y visiones de
austera realidad*

*da el aroma divino de tu pelo y la
sonrisa encantadora de tu rostro*

*da una noche mágica de tu vida y
un plentero amanecer tardío*

da vino hechicero

*da mil palabras exuberantemente
hermosas para escribir la belleza de tu
ser*

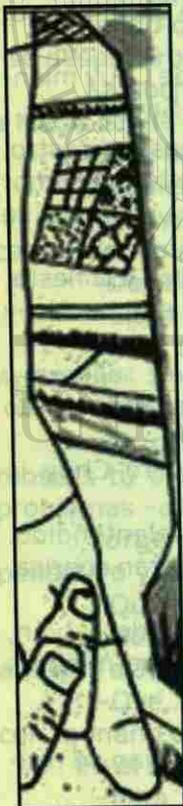
*vuelve tierno y amoroso a este
demente poeta amordazado*

regala tu insensata indiferencia

obséquiate la cálida muerte y te

daré mis lágrimas para brindar o llorar

a Jorge otra vez de Jesús



Historias Paralelas

José Antonio Vázquez Aceves

Era una tarde fresca de principios de noviembre. Ella nunca se había fijado en mí, recuerdo que éramos compañeros en la Escuela de Arte de Guanajuato. Sofía era la chica más popular de segundo semestre, era muy guapa, pelo negro hasta los hombros, tez blanca, tanto que cuando le daba el sol parecía que emanaba luz. Sus ojos tan expresivos y unos labios tan hermosos hacían muy buena combinación con las facciones delgadas de su rostro. A pesar de que estuvimos juntos solamente por un semestre -ella se marchó a Monterrey-, nunca me animé a hablarle porque ella andaba con un chavo llamado Francisco, que también se fue a Monterrey.

Sofía estudiaba la especialidad de Plásticas, su sueño era llegar a ser una reconocida pintora. Pasaron los años y la relación de ellos se consolidó aún más, tenían ya algún tiempo de novios y estaban por terminar la carrera, era una bonita pareja. Como examen final tenían que organizar una exposición de su trabajo realizado durante el último semestre. Eso ya no lo vi, pero me lo contaron todo...

Martha era compañera de Sofía, se la encontró en un pasillo:

-Hola, Sofía, ¿cómo estás?-preguntó Martha con una falsa sonrisa.

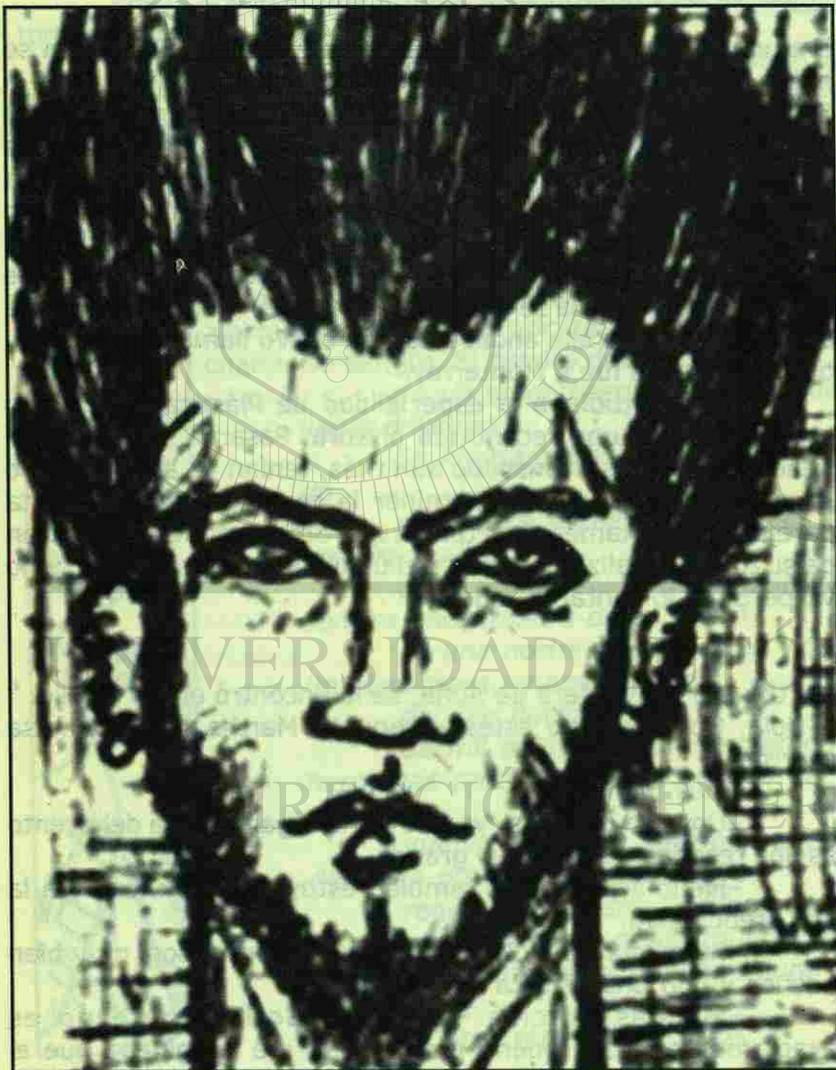
-Muy bien, ¿y tú?

-Un poco nerviosa, ya que ser la organizadora del evento es una responsabilidad muy grande.

-Me lo imagino, yo también estoy muy nerviosa y a la vez preocupada.

-Pero ¿por qué? Si tus cuadros son preciosos, muy bien hechos y con una técnica excelente.

-Muchas gracias -contestó Sofía-, pero no es exactamente lo que quería plasmar. No me imaginaba que el ambiente artístico fuera tan difícil, ya que para poderla hacer



José Antonio Vázquez Aceves / 2000

tienes que pintar lo que la gente quiere, y no siempre coincide con lo que yo quiero pintar.

-Sí, pero para tu curriculum eso cuenta mucho, que tengas una exposición reconocida. Bueno, para que te animes y no estés tan nerviosa, vamos a la galería donde va a ser la exposición.

-No es que no esté muy animada -dijo Sofía-, es que me siento cansada.

-Ándale mujer, qué tanto nos podemos tardar.

En ese momento llegó Francisco.

-Hola, Sofía, ¿cómo estás? -y la besó en la boca.

-Muy bien, qué bueno que llegaste, porque en este preciso momento nos dirigimos al lugar donde va a ser la exposición. ¿Vas con nosotras?

Martha al verlo llegar dibujó en su rostro una sonrisa lasciva. Sus ojos brillaban.

-Francisco, ¿cómo has estado? ¡Tenía mucho tiempo que no te veía! -muy entusiasmada le plantó un beso en la mejilla. Él, con cierta indiferencia, respondió al saludo, pues sabía las intenciones de Martha hacia él. Ella ya se le había insinuado en varias ocasiones y él se había negado, lo cual le resultaba muy difícil ya que Martha era muy atractiva, muy tentadora, muy procaz.

-Me gustaría acompañarlas, pero tengo clase y ya estoy en el límite de faltas.

-En ese caso, nosotras nos vamos -dijo Sofía un tanto molesta-, se nos está haciendo tarde.

Salieron de la escuela, ya estaba atardeciendo y el tráfico estaba muy pesado.

-¡Que tráfico! -dijo Sofía después de haber guardado silencio durante un tiempo-. Me choca manejar a esta hora.

-No cabe duda que tienes mucha suerte, tus calificaciones, tu coche y por si fuera poco tienes a Francisco

que es tan guapo y simpático. Qué no daríamos muchas por tener por lo menos una parte de lo que tú tienes...

-Sí. Sé perfectamente a qué parte te refieres -dijo Sofía con una sonrisa a medias, recordaba el momento en que Martha saludó a Francisco, ella se puso molesta como si su novio tuviera algo que ver con ella.

Sofía se dirigió rápido al lugar de la exposición, al llegar ahí dijo: -¿Sabes qué, Martha?, mejor aquí te dejo porque no me siento muy bien -Sofía repentinamente sintió una gran desconfianza.

-Pero... ¿Cómo me vas a dejar aquí sola? ¡Y ahora! ¿Cómo voy a regresar a casa?

-De verdad que no puedo, sí te llevaría a tu casa, pero me tengo que desviar mucho.

-En fin, no te preocupes mujer -dijo Martha insolente-. Ahorita le llamo a Francisco para que él me lleve a mi casa.

-¡Qué dices! ¡Por favor, quién te crees! ¡¿Crees que Francisco se va a salir de clases para venir a recogerte?!

Martha salió del coche. La situación incomodó sumamente a Sofía, puso reversa a su carro y arrancó haciendo rechinar las llantas. Su enemiga llamó a Francisco a la escuela, pensó que era una buena oportunidad para estar sola con él y poder seducirlo.

-Francisco, habla Martha, disculpa que te moleste...

-Ah, sí, ¿qué sucede?

-Fíjate, Francisco, que me entretuve en la organización del evento por unos detalles. Te quería pedir de favor si podrías pasar por mí, sé que es algo tarde pero... ¿tienes tiempo para mí?

Francisco no lo pensó dos veces.

-Me parece perfecto, voy para allá.



-Nos vemos al rato, aquí te espero, si quieres te invito un café.

-¡Me encanta la idea, nos vemos más tarde!

A Francisco se le hizo fácil salir con Martha, total Sofía no iba a enterarse e inclusive pudiera obtener el apoyo para que Sofía colocara obra en los siguientes eventos. Esa noche él fue a recoger a Martha al museo y como ella esperaba terminó acostándose con ella.

Martha creyó que esta vez era ella quien había ganado, pensó que Francisco dejaría a Sofía por ella, pero no fue así. Durante una semana él no la buscó para nada y lo vio varias veces con Sofía. Ella sabía que él no la quería, pero creyó que como le había sido infiel a Sofía, la dejaría.

Sofía estaba platicando con Francisco cuando se acercó Martha sumamente molesta e irritada, sangre le salía de los ojos.

-Hola, Sofía, ¿cómo estás?

-Bien, gracias. ¿Te pasa algo? No te ves muy bien.

-Pregúntale a Francisco, él sabe muy bien por qué estoy

así...

-Por favor, Martha, luego te llamo ¿sí? -dijo Francisco, disimulando su nerviosismo.

-Sí, claro, como me has llamado toda esta semana. ¡¿Qué crees, qué no me doy cuenta que te estás escondiendo?!

-¿De qué estas hablando? -dijo Sofía molesta.

-Nada, mi amor. Luego te explico -replicó Francisco.

-¡No! -dijo bruscamente Martha-, lo vas a explicar ahora, ¿o quieres que lo haga yo?

Te creí más hombre. ¿Por qué no le has dicho que ya no la quieres, que estás con ella sólo por costumbre y a quién amas es a mí?

-¡Basta, Martha! -contestó Francisco-. No digas idioteces. Tú sabes perfectamente que no te quiero.

- ¿Y qué es acostarse con una mujer?
 -¿Qué demonios tuviste que ver con ella, Francisco?! -
 exclamó Sofía pálida después de lo que había escuchado.
 -¡Se acostó conmigo! -dijo Martha compungidamente.

Martha salió llorando. Francisco y Sofía, mudos, se quedaron viendo sin saber qué hacer.

Gerardo, un joven de León dedicado a las artes plásticas, ya contaba con cierto renombre en el medio, pero era un artista frustrado ya que como todos los artistas estaba sujeto a la demanda del mercado. No se dedicaba únicamente a la pintura, sino que abarcaba las diferentes técnicas plásticas de expresión. Había hecho el esfuerzo por exponer la obra que a él le interesaba, pero era inútil, sólo vendía lo que le gustaba a la gente.

Hizo un viaje a Monterrey con el propósito de participar en un concurso realizado en un reconocido museo, pero al momento de llegar a hacer su trámite, se topó con diferentes obstáculos. No pudo exponer y su viaje fue en vano.

Una tarde pasando por el centro de la ciudad, donde no se podía caminar a gusto por el exceso de gente, llegó a la plaza Hidalgo, se sentó a la orilla de la fuente y comenzó a comerse unos nachos y un refresco. Miguel le había platicado algunas historias de la gente de Monterrey. A la orilla de la fuente descansaban un par de ancianos, dirigió la mirada hacia el agua que tenía un color verdoso, con algunos objetos de plástico y otro tipo de basura al fondo. Estaba muy desilusionado



y decidido a regresar a Guanajuato. No sabía por qué estaba todavía ahí. Pensaba que todo tenía un motivo, que debía haber algo que justificara su estancia en ese lugar, pero no sabía qué era.

Le llamó la atención una joven sentada al otro lado de la fuente. Su cara reflejaba mucha tristeza y desilusión, tanto como la de él. Pensó en acercarse a platicar, pero ella no daba la impresión de querer hablar con alguien. Sacó un lápiz y un papel y dibujó su rostro. Un rato después se levantó, se paró a un lado de ella y le llamó tocando su hombro. Ella volteó sorprendida.

-No quiero molestar... pero toma esto, espero que te guste -dijo él entregándole el dibujo que le había hecho.

-Te quedó muy bien, pero no traigo dinero, lo siento - contestó volviendo la mirada al agua.

-No, si no te lo estoy vendiendo. Te lo obsequio.

-Gracias, qué pena, discúlpame. Es que estoy distraída.

-¿Te molestaría si me siento?

-No, está bien. ¿A qué te dedicas?

-Al arte. Se supone que soy productor.

-¿De qué tipo?

-Pintura, principalmente.

-Qué coincidencia. Yo también. Pero no me siento muy realizada.

-Pues entonces la coincidencia es mayor -le dijo Gerardo sonriendo.

-Creí que a algunos les iba bien. ¿Qué fue lo que te pasó?

-Es una larga historia, pero en resumen nunca he expuesto nada que valga la pena. Al paso que voy jamás lo haré. Me quedé fuera de la única exposición que había conseguido por puros tecnicismos, trámites, en fin... Tonterías. To-

davía no entiendo. Sacrificas tu trabajo haciendo lo que la gente quiere ver -Gerardo la miró atraído- y ni aun así te dan la oportunidad, pero bueno. ¿Y a ti qué te pasó?

-Iba a tener una exposición colectiva con mis compañeros de la escuela, pero una chica nos arruinó la exposición... y a mí me arruinó la vida.

-¿Tanto así?

-Lo que te pueda decir es poco. Se llevó al hombre de mi vida, pero... Nunca podré decirle que lo perdoné.

-¿Qué fue lo que te hizo?

-Estaba enamorada de mi novio, se enredó con él y creyó que iba a dejarme por ella. Como no lo hizo, lo alejó de mi lado para siempre, lo mató.

-Lo siento mucho.

-No te preocupes por eso. Mis sentimientos lastimados han cambiado mucho.

¿Sabes? te va a sonar raro, pero me han surgido oportunidades de trabajo en otras partes y algo me detiene, como si esperara algo o a alguien. Es tonto, ¿no crees?

-No, no lo creo -dijo Gerardo muy ingenioso-. ¿Crees en el destino?

-A veces, ¿y tú?

-Yo siempre. ¿Cómo te llamas?

-Martha Montelongo.

-Yo soy Gerardo.

-¿Eres de aquí?

-No, soy de Guanajuato.

-Yo conozco gente de Guanajuato.

-A mí también me han contado cosas de la gente de Monterrey. Son especiales, a veces.

-Algo... Sabes, Gerardo, yo he sufrido mucho. A veces pienso... o me gustaría, me encantaría vivir una noche estrellada, bonita, ¿sabes?

Eso que te mata

-¡Yo te puedo hacer muchos bocetos! Además, te puedo invitar una coca y unos nachos, o puedo prepararte pasta.

-Empieza por contarme tu historia, me encantaría conocerte.

-¿Tú crees en el destino?

-Yo sí.

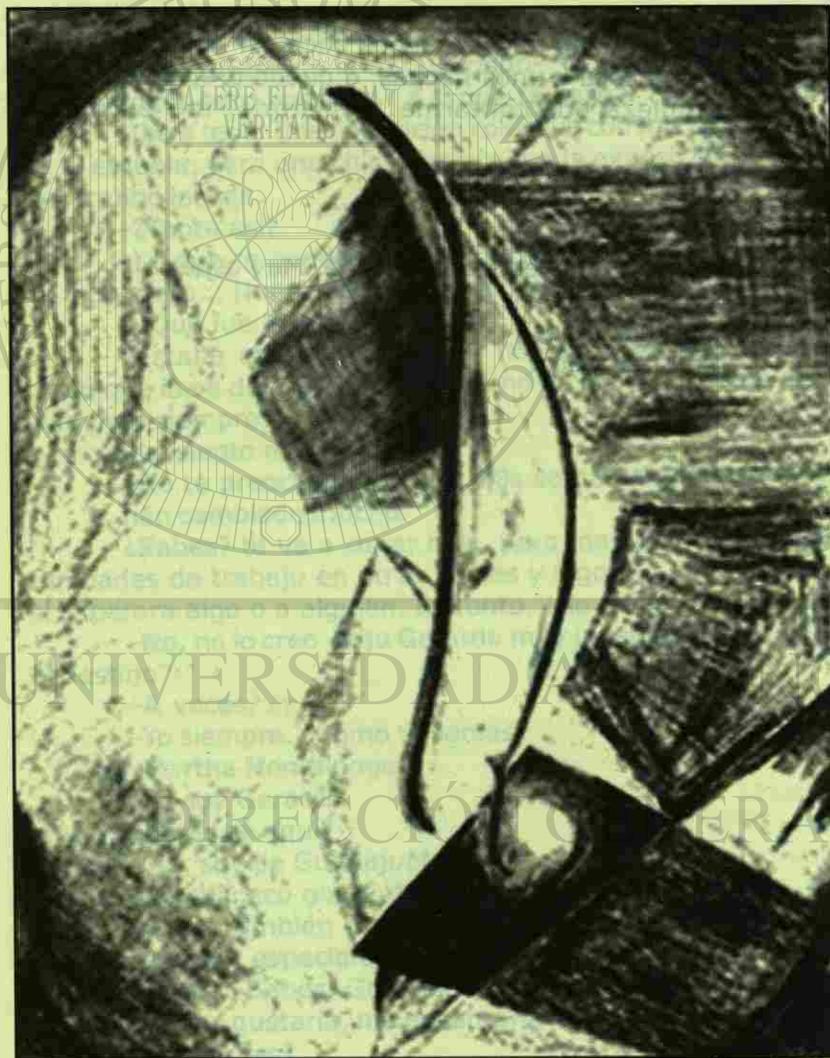
-Yo también.

-Mi historia es especial, Martha. Muy especial.

-La mía también...

-Tú no lo sabes.

-Ni tú tampoco.



Karim Jaziel Gauna López / 2000



Eso que te mata

Karim Jaziel Gauna López

Josefina era una mujer de apariencia muy bella, sumamente atractiva, pero con una autoestima muy baja que le impedía desarrollarse emocionalmente bien.

-Oye, Josefina, ¿cómo te sientes el día de hoy?

-No lo sé, creo que algo deprimida. Rompí con Pato, pero creo que sé cómo retomar el curso de la vida. Oye, Jesús, ¿me acompañas a un lugar que me recomendaron?

La verdad, yo no entendía bien a Josefina, pero era una de mis mejores amigas y decidí acompañarla. Me condujo a una de esas colonias, de esas marginadas. Cuando llegamos a aquel lugar, Josefina tocó la puerta de una casa y casi inmediatamente nos abrió una joven muy hermosa... De éstas que te prenden con sólo miraras. Josefina intercambió unas cuantas palabras con la misteriosa joven y ésta, en respuesta, nos dijo con una voz dulce: -Por aquí, por favor.

Aquella joven de cuerpo escultural nos condujo a través de la casa hasta un patio descuidado y lleno de tiliches; en una de sus esquinas ostentaba además un deprimente tejabán que parecía estar a punto de derrumbarse. La joven se acercó y gritó:

-¡Doña Chenta, aquí la buscan unas personas!

La puerta del tejabán se abrió con un estruendoso rechinido. Del interior surgió la figura de una frágil anciana de unos sesenta y ocho años, que con voz áspera, dijo: -Pásenle, jóvenes, que hace fresco y me hace mal para las reumas.

-Sí, señora, la verdad es que yo también tengo frío -respondió Josefina sin temor.

Yo no pude articular palabra porque los ojos de aquella muchacha y los míos se clavaron en una mirada de fuego, de esas miradas que te dicen todo lo que piensa la persona que es observada con detenimiento. Pero mi inspiración fue cortada de un tajo porque la anciana dijo en ese momento: -No, joven,

Esta méndiga Jazmín está más maldita que el mismísimo Satanás no se le acerque por su propio bien! Se lo digo en serio, porque todo el que se relaciona con esa méndiga termina muerto o en desgracia.

Nos introdujimos dentro del tejaban. Lo primero que vi fue una cama que difícilmente cabía dentro de aquel espacio tan reducido. Después había una mesa de madera toda cacariza por el tiempo y el uso, y en la cual se sostenía un brasero con una pila de carbones al rojo vivo. Además, adentro de aquella choza había un guardarropa. La anciana se acercó a él, lo abrió y de su interior sacó un trapo de color negro que servía de envoltorio de sus cartas de Tarot. La anciana se acomodó en la desvencijada mesa y comenzó a barajar las cartas con una destreza inimaginable, las empezó a acomodar en cinco extremos lejanos según las dividía.

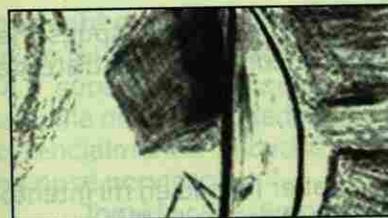
-Haber, m'ija, pon tu mano en el centro de los cinco extremos y reza un Padrenuestro.

Josefina lo hizo; después expuso sus problemas emocionales. La anciana oyó con atención a mi amiga, entonces levantó la primera carta del montón que se encontraba a su mano izquierda y dijo: -¡Ay, m'ija!, estás bien jodida. Que bueno que ahora viniste, si no, te hubiera llevado la chingada. ¿Sabes lo que esta carta dice...? te lo voy a decir.

En ese momento se abrió la puerta y se introdujo Jazmín con unas tazas de café. Como era de esperarse, la anciana comenzó a bociferar de una manera tal, que ni el más corriente de Almoloya; Jazmín dejó las tazas, la anciana se calmó un poco después de que salió la joven del cuchitril.

-Mira, m'ija, esta carta significa que conocerás a un hombre de dinero. Muy guapo el méndigo, ¡pero lo que tiene de guapo lo tiene de joto! Además, este hombre está enfermo de SIDA y va a tratar de echarle los perros.

La anciana le leyó las cartas diciéndole todos sus



problemas a Josefina, los venideros y cómo podría superarlos. Josefina se encontraba absorta, algo desilusionada, pues no creía en ese tipo de cosas. El caso fue que la anciana, como una advertencia final, le dijo que se cuidara de dos hombres que le había mencionado, y otro del cual no puse mucha atención. Estaba pensando en Jazmín. Nos retiramos. Ya entrada la tarde, y ya en el carro, Josefina me dijo que no sabía por qué se dejó llevar por una idea tan tonta como la que acababa de hacer.

Después de aquella tarde no vi a Josefina por una semana, en la que me dediqué a tratar de contactar a Jazmín. Tal era mi obsesión, aun después de la advertencia de doña Chenta, que cuando la volví a ver ella notó de inmediato mis intenciones, que al parecer no le desagradaron porque aceptó salir conmigo.

Cuando vi a Josefina, ella me dijo una situación parecida. Me contó de un hombre trigueño llamado Armando que lo conoció en su colonia, cuando se estaba cambiando. Además de decirme que era muy guapo y de tener dinero, en ese momento sentí una sensación helada cuando recordé las palabras de doña Chenta. Cómo era de esperarse, frente a la advertencia de aquella tarde, traté de disuadirla de que se alejara de ese hombre. Pero todo fue inútil. Josefina como todas las mujeres era testaruda en sus decisiones.

Ese mismo día, con el pretexto de ir a ver a Jazmín, me llevé a Josefina a casa de doña Chenta para que ésta le dijera de lo peligroso de la situación, pero como cosa hecha adrede, la anciana ya había muerto dos días antes. Me quedé con la frustración de no poder convencer a mi amiga, culpé a Jazmín

de lo sucedido y esa fue la última vez que la vi. Después me dediqué a estar todo el tiempo posible con Josefina, traté de alejarla de aquel Armando.

En los siguientes meses, después de haber fallado en mi intento de separar a Josefina de Armando, Josefina me habló con una voz que ya conocía, la misma que tuvo cuando cortó con Pato, una voz que yo esperaba desde hace tiempo, la cual me partía el alma en dos; me dijo que se había embarazado de Armando, y que cuando fue hacerse los análisis de sangre le habían detectado SIDA! Para empeorar las cosas, Armando no quería hacerse responsable del niño, pero además, ella había cometido una venganza.

Yo me sentí de lo peor. La impotencia corría por todo mi ser. Sobre todo estaba nervioso por aquella frase de la venganza... A continuación le pregunté si no había cometido alguna locura y ella, entre lágrimas, me dijo que no. En ese momento yo sentí una rabia espantosa dentro de mi ser, sentía que me iba quemando las entrañas.

Entonces me dirigí a mi casa. Tomé el revólver de mi padre y salí a la casa de Armando. Cuando llegué comenzaba a lloviznar. Toqué el timbre. Al salir Armando le pregunté el porqué, si sabiendo que tenía SIDA, tuvo relaciones con Josefina. Además, ¡embarazarla! Él respondió que era culpable del embarazo, pero que no tenía SIDA. Entonces mi furia se desató: solté un disparo certero en la frente de Armando. De pronto volé sus sesos. Cayó de espaldas, con el cerebro abierto, ni la cuenca de sus ojos. En seguida regresé a casa de Josefina.

¡Encontré a su madre llorando! Desesperadamente me dijo que Josefina se había estrangulado en el baño. Luego de escuchar la noticia, salí corriendo del lugar hasta donde mis piernas aguantaron. Cuando me di cuenta de dónde estaba,

me senté en una banca de un parque. Después de estar sentado un rato, me acordé del otro sujeto mencionado por la anciana y supe entonces que había sido el otro, y no Armando, el culpable de la enfermedad de mi amiga. En eso comenzó a llover torrencialmente. Escuché una sirena de patrulla que pasaba, me puse nervioso.

Tomé la calle. Empecé a deambular. La lluvia me ahogaba. Un dolor intenso me calaba en el estómago. Otra vez vi pasar la policía. Pensé que me estaba buscando. Sentí un escalofrío. Al momento de estar yo en la esquina, vi cómo la patrulla desaparecía por entre las calles. En medio de la lluvia, o con sol, al otro hombre no lo conocía. El vacío en el estómago desembocó en puñaladas dolorosas, luego la cabeza se me calentó terriblemente. El otro hombre era el que me estaba buscando. Vivo. Armando muerto. El juego de la anciana. El juego de Josefina. Jazmín. Me tuve que hincar.



Maricela Rodríguez Fernández / 2000



La Esposa

Maricela Rodríguez Fernández

Hoy me desperté y otra vez había soñado con él. Era mi sueño y de repente apareció y no dejaba de observarme. Su mirada me aterraba, trataba de esconderme de él, pero es como si estuviera dentro de mí. Todavía puedo sentir sus caricias, y luego sus golpes... Me pegaba con tanta fuerza que me hacía volar hasta el otro extremo de la habitación. Y cuando terminaba de pegarme, me acurrucaba entre sus brazos, como si fuera su bebé al que más quisiera.

Esta mañana casi no podía moverme. Mi cuerpo tenía fracturas y moretones y mi habitación estaba toda tirada. No sé que me está pasando. Me da miedo pero al mismo tiempo lo deseo y no puedo dejar de pensar en él. Mis amigos y familiares piensan que estoy loca y que me golpeo y lastimo yo sola. Me han llevado con psiquiatras y doctores pero nadie se explica como es que amanezco así.

Las primeras veces que me sucedía me empezó a dar miedo quedarme dormida. Tomaba pastillas y té para que me quitaran el sueño, pero llegaba un momento en que ya no me hacían efecto. Mi vida cambió. Yo ya no era la misma, pero poco a poco me fui acostumbrando.

Todo empezó un día que fui a una despedida de soltera de una amiga mía. Cuando me fui de "detallito", por haber asistido, me regalaron un caset. Al llegar a mi casa, me relajé, cerré mis ojos y comencé a oír una voz que decía:

Junto a ti hay un ángel, en la puerta de tu cuarto hay otro ángel, en la puerta de tu casa hay otro ángel. ¡De pronto tu casa se llena de



ángeles! De ahora en adelante vas a vivir para ellos, vas a comprar lo que ellos te pidan, vas a decir lo que ellos quieren que digas, vas a comer lo que ellos quieren que comas...

Sólo recuerdo el principio del caset. Pero de cualquier forma, ahorita la gente piensa que estoy loca o poseída por algún espíritu. Pero sólo yo sé que estoy casada con él. El Diablo.



Uno de tantos crímenes

Yesica Abigail Peña Ramírez

A los quince años mi madre me obsequió un diario; tenía una flamante portada color violeta y una hermosa joven de cabello castaño. Desde ese momento no me separé de él. Al ser yo muy poco sociable, el diario se convirtió en mi confidente hasta que a los veinte años conocí a Katherine Hans, mi mejor amiga desde entonces. Ella es muy especial y me acepta como soy, creo que desde la muerte de mi madre, es la única persona que me ha querido.

Había pasado casi un año desde que lo extravié. Pero casualmente, al buscar unos papeles, encontré el diario maltratado y cubierto de polvo. Esa flamante portada violeta se había decolorado y arrugado y esa hermosa joven de la portada parecía haber envejecido igual que yo.

Han pasado quince años desde que lo empecé a escribir. Lo abrí y empecé a leerlo en una página muy especial.

6 de julio de 1990

Querido diario:

Hoy fue uno de los días más importantes de mi vida. Leonardo Anderson, el hombre con el que he salido hace un año, me propuso matrimonio y de una forma muy romántica.

Nos encontrábamos en un café, se levantó de la mesa y dijo: - Daniela, este año ha sido el mejor año de mi vida, y quiero seguir feliz por el resto de mi vida, ¿aceptarías casarte conmigo? De su bolsillo sacó una pequeña caja, al abrirla me mostró un anillo de compromiso tan hermoso que me quedé muda por algunos segundos. Respondí: -Leonardo, es tan bonito que no sé qué decir.

-Sólo di que me aceptas y me harás el hombre más feliz de este mundo.

ángeles! De ahora en adelante vas a vivir para ellos, vas a comprar lo que ellos te pidan, vas a decir lo que ellos quieren que digas, vas a comer lo que ellos quieren que comas...

Sólo recuerdo el principio del caset. Pero de cualquier forma, ahorita la gente piensa que estoy loca o poseída por algún espíritu. Pero sólo yo sé que estoy casada con él. El Diablo.



Uno de tantos crímenes

Yesica Abigail Peña Ramírez

A los quince años mi madre me obsequió un diario; tenía una flamante portada color violeta y una hermosa joven de cabello castaño. Desde ese momento no me separé de él. Al ser yo muy poco sociable, el diario se convirtió en mi confidente hasta que a los veinte años conocí a Katherine Hans, mi mejor amiga desde entonces. Ella es muy especial y me acepta como soy, creo que desde la muerte de mi madre, es la única persona que me ha querido.

Había pasado casi un año desde que lo extravié. Pero casualmente, al buscar unos papeles, encontré el diario maltratado y cubierto de polvo. Esa flamante portada violeta se había decolorado y arrugado y esa hermosa joven de la portada parecía haber envejecido igual que yo.

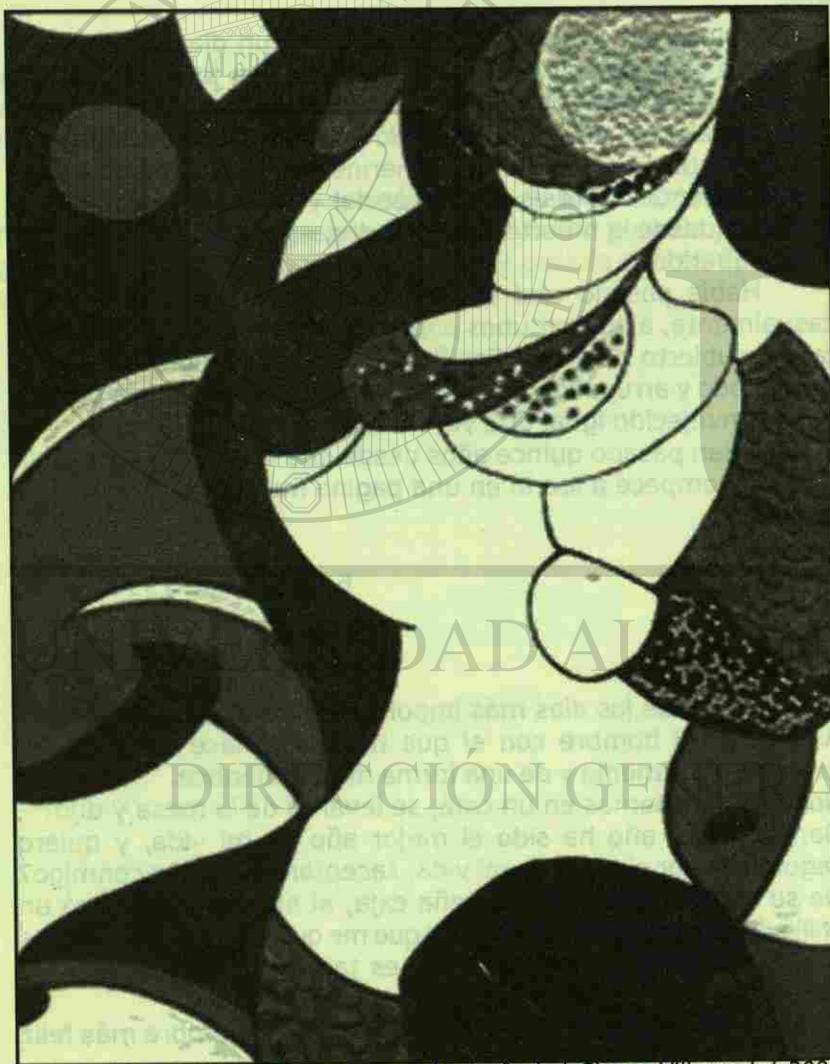
Han pasado quince años desde que lo empecé a escribir. Lo abrí y empecé a leerlo en una página muy especial.

6 de julio de 1990

Querido diario:

Hoy fue uno de los días más importantes de mi vida. Leonardo Anderson, el hombre con el que he salido hace un año, me propuso matrimonio y de una forma muy romántica. Nos encontrábamos en un café, se levantó de la mesa y dijo: - Daniela, este año ha sido el mejor año de mi vida, y quiero seguir feliz por el resto de mi vida, ¿aceptarías casarte conmigo? De su bolsillo sacó una pequeña caja, al abrirla me mostró un anillo de compromiso tan hermoso que me quedé muda por algunos segundos. Respondí: -Leonardo, es tan bonito que no sé qué decir.

-Sólo di que me aceptas y me harás el hombre más feliz de este mundo.



Berta Isabel Chapa Villarreal / 2000

Dudé por un instante y dije: –Sí, acepto.

Se subió a la mesa y gritó: –¡Me acepta! ¡Sí me aceptó! – Su rostro irradiaba felicidad. De mi parte, estaba algo desconcertada. Nunca pensé que alguien tan bueno y noble como él quisiera casarse con alguien tan débil y mediocre como yo... pero en el fondo estaba muy feliz.

De eso ya siete largos años.

Sonó el teléfono. Levanté la bocina y escuché una voz muy familiar que dijo:

–¡Feliz séptimo aniversario, Daniela! ¡Sí sabes quién soy!, ¿verdad?

En mi mente sabía que era Katherine. Muchos recuerdos surgieron en mi cabeza como una gran ola que me estremeció.

–Danielle, ¿cómo estás?

–...¿eh?

–Por lo que escucho, no tan bien. ¿Qué te sucede?

–Me levanté temprano y al abrir los ojos Leo ya no estaba, quería hacerle un gran desayuno, pero se fue, y creo que olvidó nuestro aniversario.

–Tal vez se le olvidó por estar pensando...

–...¡en otra mujer!

–¡No digas tonterías!, él te quiere mucho, ¿no? ®

–Al casarnos sí me quería mucho, pero con el tiempo cambió mucho. Sale demasiadas veces y llega demasiado tarde y al preguntarle dónde ha estado se enfurece y se va a dormir al sofá. La semana pasada ni siquiera llegó a dormir y dijo que había ido a visitar a sus padres.

–¿Y es por eso que piensas que tiene otra mujer?

–Sí, eso pienso.

–Bueno, si eso piensas, puedo investigarlo y seguirle la pista para corroborarlo.

-¡Gracias! Eso me sería de gran utilidad. ¿Cómo podría pagártelo?

-No te preocupes, no me gusta que sufras por Leo, además te quiero mucho y no deseo verte triste.

-Gracias de nuevo, me ha servido mucho el hablar contigo, Kat.

-No hay de qué. Tengo que irme, nos vemos.

Al colgar sentí un alivio. Hace tiempo que no sabía de Katherine, nos dejamos de ver porque se fue al extranjero, pero nos mantuvimos en contacto por cartas que eventualmente nos escribíamos.

Esa noche Leonardo llegó muy tarde y ebrio.

-¡Qué haces despierta a esta hora! ¿Acaso me estabas esperando?

-Sí, es que si recuerdas, hoy es nuestro séptimo aniversario. Lo olvidaste, ¿verdad?

-Lo siento..., ¿me perdonas?

-Últimamente estás muy distante. Al hablarte, te encuentras en otro mundo perdido porque ya no me besas como antes, porque ya no tenemos relaciones, porque...

-...¡Daniela, no estoy de humor para discutir! ¡Buenas noches!

-¡Leonardo!, ¿tienes otra mujer? -Dudó por un momento y dijo: -¿Bah!, no digas estupideces y no me molestes.

Y así fue todas las noches durante dos semanas.

Me sentía tan deprimida y triste que necesitaba una palabra de aliento. Sonó el teléfono y era Kat, dijo que tenía que hablar conmigo personalmente.

Llegó a casa, era algo tarde. Me preguntó por Leonardo, le dije que desde ayer no había vuelto a casa.

-Entonces no debo preocuparme por encontrármelo, ¿verdad? -Desde que me casé con Leonardo, él y Katherine

nunca se llevaron muy bien que digamos.

-Ven, toma asiento, te traeré un café con crema y dos de azúcar como te gusta.

-¡Qué excelente memoria!

-Oye, eres mi mejor amiga, tengo que recordártelo, ¿no crees?

Al preparar el café me sentía muy nerviosa porque no sabía qué iba a decirme acerca de Leonardo, me atemoriqué.

-¿Y bueno?

-Investigué a Leonardo, no sé como decírtelo pero...

-Tiene otra mujer, ¿verdad?

-Así es. Lo siento.

-No te preocupes, ya lo imaginaba.

-¿Y qué piensas hacer?

-No lo sé, necesito pensarlo.

No pude resistir el dolor y empecé a llorar. Sentí que el mundo se me venía encima. Me dijo: -Llora, desahógate. Aquí estoy para consolarte y ayudarte en lo que necesites.

Me estrechó fuertemente y sentí su energía dulce y cálida. Me tranquilicé, con ella a mi lado sentía que nada podía lastimarme. Estuvimos así durante algunos segundos y me dijo:

-Sabes, tengo una cabaña en las afueras de la ciudad, si quieres puedes quedarte algunos días en lo que piensas qué hacer. No tuve que pensarlo.

-Sí, es una buena idea, de todos modos Leonardo no está y no creo que vuelva pronto.

-¡Así se habla y despreocúpate! Quién hace algo malo siempre recibe su castigo.

Estuve tres semanas en la cabaña de Katherine, mientras ella revisaba algunos negocios en la ciudad.

Regresé a casa, más relajada y desahogada. Una vecina me

avisó que la policía me buscaba desde hace algunos días. Eso me inquietó. Me dirigí a la estación de policía que marcaba el citatorio, y pregunté por el teniente Sanz.

-Buenas tardes, teniente Sanz, soy Daniela Carpenter de Anderson, me dijeron que tenía algo que decirme.

-Así es, señora Anderson, le tengo una terrible noticia: su esposo ha muerto y usted es una posible sospechosa.

Al escucharlo me quedé en un estado de shock. Cientos de cosas pasaron por mi mente en ese momento. No recuerdo, pero creo haberme desmayado... Dije con tono asustado: -¿Leonardo?, ¡¿muerto?!... ¿cómo es posible?

-Y no es sólo eso, señora, también fue muerta la mujer que lo acompañaba. ¿Sabía usted algo de esa relación?

-¡Sí!, supe que tenía un amante desde hace tres o cuatro semanas.

-¿Cómo es que supo de esa relación?

-Una amiga investigó a Leonardo para saber si me estaba engañando.

-¿Cuál es el nombre de esa amiga?

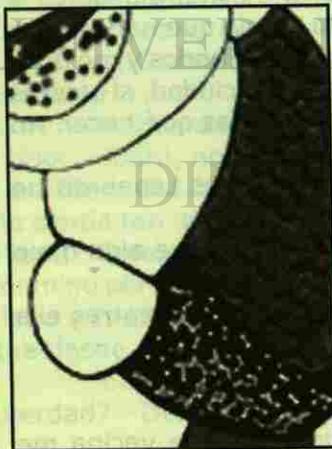
-Se llama Katherine Hans.

-¿Dónde estaba ella hace dos días?

-Realizando unos negocios en la ciudad.

-Está bien, gracias por su colaboración. Le pido que no salga de la ciudad.

Se realizaron averiguaciones durante tres meses. Fui a declarar. Incluso citaron también a Katherine. Una noche me quedé a dormir en su apartamento y me platicó sobre



lo que dijo en su declaración.

-Sabes, ellos creen que tengo algo que ver con la muerte de tu esposo.

-¿Y de veras no tienes nada que ver?

-¡¿Por qué crees eso?!

-Es que recuerdo lo que dijiste sobre los que hacen cosas malas, "tarde o temprano reciben su castigo". -Me miró directamente a los ojos y dijo con un tono de ternura: -Y si así fuera, ¿me delatarías? -sentí en su mirada algo extraño. Respondí: -No.

Al final el juez llegó a una conclusión: -La señora Daniela Carpenter, viuda de Anderson, es inocente por falta de pruebas. Después de las investigaciones, se informa que el señor Leonardo Anderson cometió suicidio en su casa y homicidio en el caso de su acompañante. Se levanta la sesión.

Se diría que terminé como una víctima a manos de mi marido, pero tengo mis sospechas. No creo que haya tenido el valor suficiente para suicidarse.

Pasaron los meses. Me mudé de casa para olvidar lo que pasó; Katherine me visitaba a diario para ver si me encontraba bien. Un frío día de invierno me enteré de una terrible noticia: Katherine había enfermado de gravedad. Le acompañé y cuidé todos los días... hasta que murió.

Recuerdo que antes de su muerte me dijo que debía seguir adelante y buscar un hombre que me cuidara y protegiera; sus palabras me alentaron para soportar su muerte. Como ella no tenía familiares cercanos, sus amigos y conocidos fueron al funeral, y como yo era la amiga más cercana, a mí me dieron el pésame. Al escuchar la oración del padre, levanté mi vista y vi una figura masculina, alto y bien parecido, sus ojos reflejaban una profunda tristeza y pregunté a la mujer que tenía a lado: -

Disculpe, ¿quién es ese hombre?

-No lo sé, creo que es un amigo de Katherine. Creo que se llama Demián Robertson, parece ser que se tenían un cariño de hermanos.

Él alzó la mirada, me vió y se acercó a mí. Dijo: -Disculpa, tú eres Daniela, ¿verdad?

-Sí, yo soy.

-Perdona que te moleste. Me llamo Demián Robertson y fui un buen amigo de Katherine, como lo fuiste tú.

-¿Sabes algo de mí?

-Katherine me habló mucho de ti, me dijo que eras su mejor amiga. Te quería mucho.

Al terminar el entierro, la gente se marchó quedando sólo Demián y yo. Le pedí de favor que me llevara a mi casa porque me sentía muy afligida.

15 de noviembre de 1999

Querido diario:

Ya ha pasado un año desde que ocurrió ese terrible deceso, y aún recuerdo las palabras de Kat, que volviera a enamorarme.

Y así lo hice.

Vivo con Demián desde hace algunos meses, y podría jurar que él me quiere más de lo que Leonardo llegó a quererme. Siento como si me conociera de tiempo atrás, como si supiera todo de mí. En ocasiones tengo la sensación de sentirme como si estuviera con Katherine, pero es diferente.

Cuando Demián me abraza siento su energía cálida y dulce, como si nada pudiera lastimarme. Creo que me recuerda algo pero no sé qué con exactitud. Debe ser mi imaginación.



Celeste

Margarita Feliz Cárdenas González

Miré por la ventana. Al ver el bosque blanco por la nieve, un escalofrío recorrió mi cuerpo; me acerqué a la chimenea, ya no había leños para avivar el fuego. Tomé mi chamarra y la vieja linterna, salí a recoger un poco de madera. Plata me siguió, tomé algunos leños que había dejado mi abuelo en la parte trasera de la cabaña. Estaban húmedos por la nieve, aun así tomé algunos; Plata se quedó afuera, yo entré a la cabaña y puse los leños cerca de la chimenea.

-Abuela, los leños están húmedos y el fuego se está apagando, hace frío.

-Ve al sótano, ahí hay un par de sillas rotas.

Caminé por el pasillo y me detuve a ver un cuadro del bosque. Me llamó la atención un árbol que está en medio del claro, era diferente a los demás.

Abrí la puerta del sótano; se escuchó un rechinido que me puso la piel de gallina. Entré y miré hacia abajo; en realidad no vi nada. Todo se encontraba en penumbra, lo único que pude ver fueron más que unos cuantos escalones de las viejas escaleras. Nunca antes había entrado en el sótano, y al ver lo oscuro que estaba no me dieron muchas ganas de bajar.

-Abuela, ahí abajo no hay arañas ¿verdad? -No me escuchó. -"Me dan miedo las arañas" -. Tomé la linterna y bajé las escaleras, rechinaban tanto que creí que se quebrarían en cualquier momento; ya me imaginaba tirada en el piso del sótano, rodeada de un montón de escalones rotos y muchas arañas recorriendo mi cuerpo. Por fin llegué al final de las escaleras, se me hizo eterno. Entraba un poco de luz por una ventana, puse la linterna sobre una mesa y vi un pequeño baúl de madera. Lo abrí. Había algunas cartas, los sobres se estaban rompiendo por el tiempo y la humedad; había también un dibujo a lápiz del mismo árbol del cuadro, un listón celeste y una bellota.

Disculpe, ¿quién es ese hombre?

-No lo sé, creo que es un amigo de Katherine. Creo que se llama Demián Robertson, parece ser que se tenían un cariño de hermanos.

Él alzó la mirada, me vió y se acercó a mí. Dijo: -Disculpa, tú eres Daniela, ¿verdad?

-Sí, yo soy.

-Perdona que te moleste. Me llamo Demián Robertson y fui un buen amigo de Katherine, como lo fuiste tú.

-¿Sabes algo de mí?

-Katherine me habló mucho de ti, me dijo que eras su mejor amiga. Te quería mucho.

Al terminar el entierro, la gente se marchó quedando sólo Demián y yo. Le pedí de favor que me llevara a mi casa porque me sentía muy afligida.

15 de noviembre de 1999

Querido diario:

Ya ha pasado un año desde que ocurrió ese terrible deceso, y aún recuerdo las palabras de Kat, que volviera a enamorarme.

Y así lo hice.

Vivo con Demián desde hace algunos meses, y podría jurar que él me quiere más de lo que Leonardo llegó a quererme. Siento como si me conociera de tiempo atrás, como si supiera todo de mí. En ocasiones tengo la sensación de sentirme como si estuviera con Katherine, pero es diferente.

Cuando Demián me abraza siento su energía cálida y dulce, como si nada pudiera lastimarme. Creo que me recuerda algo pero no sé qué con exactitud. Debe ser mi imaginación.



Celeste

Margarita Feliz Cárdenas González

Miré por la ventana. Al ver el bosque blanco por la nieve, un escalofrío recorrió mi cuerpo; me acerqué a la chimenea, ya no había leños para avivar el fuego. Tomé mi chamarra y la vieja linterna, salí a recoger un poco de madera. Plata me siguió, tomé algunos leños que había dejado mi abuelo en la parte trasera de la cabaña. Estaban húmedos por la nieve, aun así tomé algunos; Plata se quedó afuera, yo entré a la cabaña y puse los leños cerca de la chimenea.

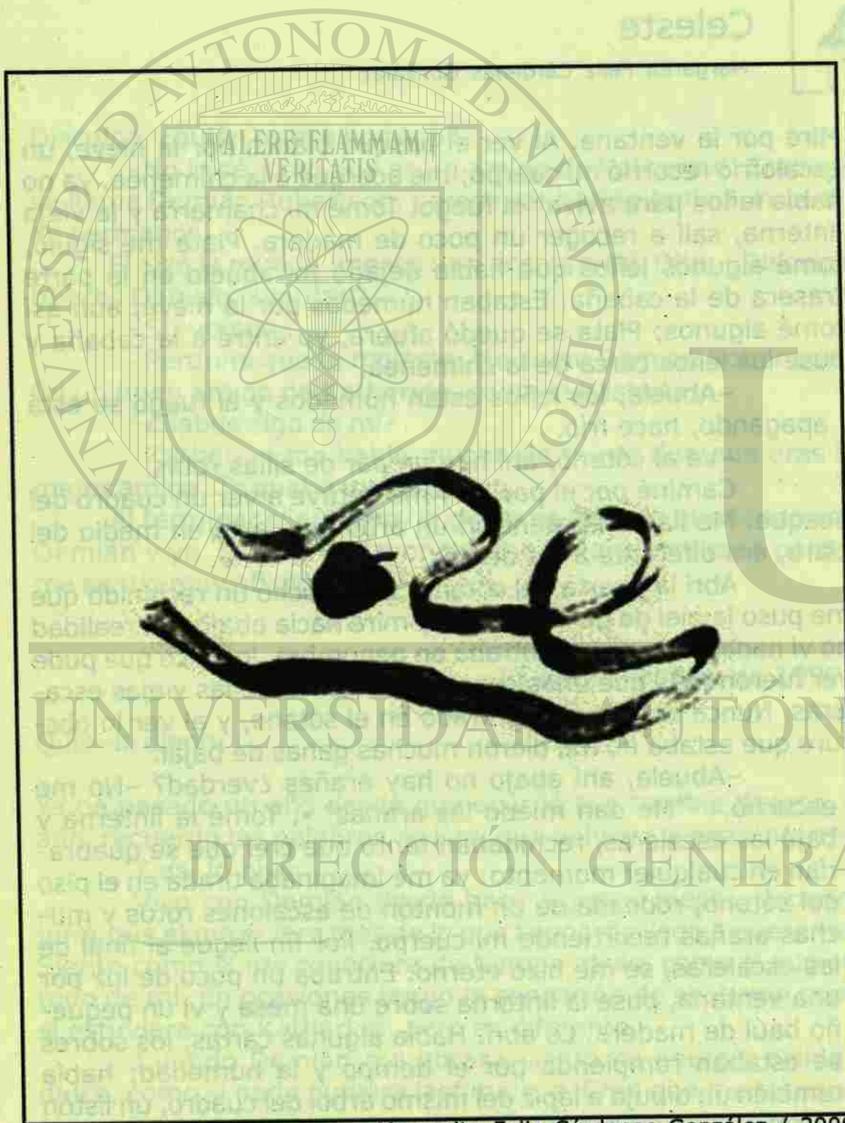
-Abuela, los leños están húmedos y el fuego se está apagando, hace frío.

-Ve al sótano, ahí hay un par de sillas rotas.

Caminé por el pasillo y me detuve a ver un cuadro del bosque. Me llamó la atención un árbol que está en medio del claro, era diferente a los demás.

Abrí la puerta del sótano; se escuchó un rechinido que me puso la piel de gallina. Entré y miré hacia abajo; en realidad no vi nada. Todo se encontraba en penumbra, lo único que pude ver fueron más que unos cuantos escalones de las viejas escaleras. Nunca antes había entrado en el sótano, y al ver lo oscuro que estaba no me dieron muchas ganas de bajar.

-Abuela, ahí abajo no hay arañas ¿verdad? -No me escuchó. -"Me dan miedo las arañas" -. Tomé la linterna y bajé las escaleras, rechinaban tanto que creí que se quebrarían en cualquier momento; ya me imaginaba tirada en el piso del sótano, rodeada de un montón de escalones rotos y muchas arañas recorriendo mi cuerpo. Por fin llegué al final de las escaleras, se me hizo eterno. Entraba un poco de luz por una ventana, puse la linterna sobre una mesa y vi un pequeño baúl de madera. Lo abrí. Había algunas cartas, los sobres se estaban rompiendo por el tiempo y la humedad; había también un dibujo a lápiz del mismo árbol del cuadro, un listón celeste y una bellota.



Margarita Feliz Cárdenas González / 2000

Al reverso del dibujo hay algo escrito pero estaban borrosas las letras. "Seguramente se mojó, por eso está tan arrugado."

-¡Celeste, ven a cenar!

-Ahora voy.

Guardé todo con mucho cuidado por temor a que fuera a maltratar algo, pues creí que éste era el mayor tesoro de mi abuela. Tomé una de las sillas, o lo que quedaba de ella, y la linterna, subí con cuidado por las ruidosas escaleras y cerré la puerta. Había llegado mi abuelo. Él se encargó de meter la silla en la chimenea, mientras tanto mi abuela y yo poníamos la mesa. El hogar cobró vida. -"Me pregunto cuántas veces mamá hizo lo que yo estoy haciendo ahora" -. Se escucharon unos ladridos. Me asomé a la ventana. Era Plata, fui pronto a abrirle la puerta. Corrió hacia mí, su pelo grisáceo daba reflejos plateados con la luz de la luna, es por eso que mamá le puso así.

-Anda, Plata, que tengo frío. -Se detuvo cerca del pozo y enterró algo. Cuando terminó, entró a la cabaña y se dirigió a su tazón y yo fui a la mesa.

-Abuela, ¿la pintura que está en el pasillo la pintaste tú?

-Sí.

-¿Qué lugar es?

-Es un claro que está cerca del puente dentro del bosque. ¿Por qué?

-Mmm... curiosidad.

En la mañana, muy temprano, apenas hube acabado de desayunar salí a buscar el árbol; caminé hacia el puente, el río estaba congelado, recordé la advertencia que siempre me hace mi abuela: "No cruces el río patinando cuando esté congelado, se puede romper el hielo."

Lo crucé por el puente y seguí caminando; pronto encontré el lugar.

El árbol es en verdad gigantesco, es ancho y frondoso y con enormes ramas, que de tan largas caían como melena, sus raíces salían del suelo, son grandes y fuertes. En medio de él, estaba lo que más me impactó: había un hueco que parecía una cueva, daba la impresión de que el árbol abría su boca grande para decir algo. Como si quisiera gritar con todas sus fuerzas el dolor que ha visto. Entré en él, no veía nada, todo era oscuro, extendí mis manos instintivamente, cuando toqué el interior del árbol sentí como las telarañas se pegaban a micara y en el cabello. Salí corriendo de ahí dando brincos, las arañas recorrían todo mi cuerpo.



No supe cuánto tiempo estuve así hasta que escuché una risita burlona. Miré hacia los lados pero no vi a nadie, de pronto salió por atrás del árbol una niña como de mi edad, llevaba un vestido largo, de mangas largas y cuello alto. Se me hizo raro que vistiera así, yo sólo había visto este tipo de vestidos en las películas y su cabello lo llevaba recogido con un listón celeste y jugaba con una bellota. "Me hizo recordar el baúl de mi abuela".

-¿Quién eres?

-¡Hola!, soy Celeste, ¿y tú?

-Celeste... la hija del guardabosques.

-¿Y conoces todo el bosque?

-Sí, nunca me he perdido. Eres la primera niña que veo con pantalones puestos -dijo mientras me miraba con extrañeza.

-Todo mundo usa pantalones, ¿tú no?

-No, nunca.

-¿Vives por aquí?

-Sí, vivo en una cabaña que está dentro del bosque.

-Y qué haces por acá, ¿no estás lejos de tu casa?

-Bueno, sí, un poco, pero mi amiga cumple años y vine por ella.

-¿Cumpleaños?, ¡lo olvidé!, debo irme, adiós, Celeste.

Salí corriendo de ahí. "¿Cómo pude olvidar el cumpleaños de mi abuela?, si por eso vine." En el camino me encontré a Plata, o mejor dicho Plata me encontró a mí; saltaba, daba ladridos, me mordía el pantalón, quería que lo siguiera, me llevó hasta el pozo cerca de la cabaña donde había enterrado algo. Escarbo y sacó un listón celeste y una bellota, me los dio. "¿Qué significa esto?" Escuché un carro, eran papá y mamá, bajaron del auto con una gran tarta de fresas, metí el listón y la bellota en la bolsa de la chamarra y corrí hacia ellos.

Entramos a la cabaña, mi abuela preparaba chocolate caliente. Comí tarta hasta más no poder, estaba deliciosa.

-Abuela, ¿cuál ha sido el mejor regalo de cumpleaños que has recibido?

Mamá me miró como molesta por haber hecho esa pregunta.

-Mmm... ¿de cumpleaños? Me lo hizo una amiga, se llamaba Celeste, como tú, me dio una bellota envuelta en un listón celeste, ella coleccionaba bellotas, tenía muchas y todas eran diferentes, pero había una en especial que a mí me gustaba mucho y la envolvió en su listón celeste, que era con el que siempre se recogía el cabello y me la regaló.

Había olvidado por completo el listón y la bellota, metí mi mano a la bolsa de la chamarra y... ¡ya no estaban el listón ni la bellota!

-¿Té pasa algo, Celeste? -me preguntó mi abuelo mientras terminaba su chocolate al ver que palidecía.

-No, nada, abuelo -dije un poco asustada.

Me levanté de la mesa y recogí un plato. Dejé a mis papás y a mis abuelos en la cocina, tomé la linterna y bajé al

sótano.

Esta vez no me percaté del rechinido de las escaleras. Ahí estaba el baúl en el lugar donde lo había dejado, lo abrí y saqué lo que había adentro. Tomé los sobres con mucho cuidado, en uno de ellos había una carta, era de Celeste. En otro de los sobres había una foto muy vieja, al verla me quedé anonadada, ¿qué era lo que mis ojos veían, no lo podía creer, eran dos niñas montadas en un caballo, una de ellas se parece mucho a mi mamá, así que seguramente es mi abuela, de unos nueve o diez años, la otra niña se parece a Celeste. Al reverso de la foto decía: "6 de noviembre de 1907". Guardé todo, subí, tomé mi chaqueta y me llevé la linterna.

-¿A dónde vas, Celeste?

-Ahorita vengo, quiero ver algo.

-No te tardes porque nos vamos a ir en un rato más.

Salí corriendo sin prestar atención a lo que decía mi mamá. Plata salió detrás de mí. Llegué al árbol, había una nota en el árbol sostenida por un clavo, me acerqué a verla y leí:

Sarah:

Te estuve esperando y ya debo irme, le prometí a mamá que le ayudaría a hacer la cena. Nos vemos mañana.

Celeste

Plata comenzó a ponerse inquieto. De pronto una ráfaga de viento golpeó el árbol haciendo que sus ramas se movieran bruscamente al momento en que por la boca, el viento hizo un gemido que me erizó la piel. Me dio la impresión de que por fin había gritado. Sentí que alguien me observaba, volteé, era Celeste que iba en dirección a la cabaña, su mirada era tan penetrante que no pude evitar estremecerme.

-¡Celeste!

Ella dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección contraria. Fui tras ella y Celeste apresuró su paso. Plata iba atrás de mí, pasamos por muchos senderos y el bosque cada vez se volvía más espeso. Pronto llegamos a un camino, Celeste se detuvo y yo hice lo mismo, mi corazón latía muy rápido, no me había dado cuenta que había estado corriendo. Volteó a verme y siguió su camino. Me sentía tan cansada pero tenía que decirle que no se llevara a mi abuela. Corrí mucho y no podía detenerme, debía alcanzarla, nunca había corrido tanto y jamás me había adentrado tanto en el bosque. Hacía más frío, pude darme cuenta que estaba subiendo la montaña. Llegamos a un río y del otro lado había una cabaña.

Pablo, fíjate si ya viene Celeste.

-Sí, mamá, viene corriendo y creo que viene alguien detrás de ella.

Celeste no cruzó el río por el tronco, al verlo congelado, se le hizo fácil cruzarlo por el hielo, se iba deslizando alegre, haciendo formas en el hielo, cuando de pronto se escuchó un crujido y Celeste simplemente desapareció de mi vista.

-¡Celeste! -grité.

Comencé a correr lo más rápido que pude en dirección a la corriente del río. Más adelante había un árbol cuyas ramas estaban sobre el agua, no eran muy altas. Tomé una piedra y la lancé desde la orilla sobre el hielo, que se quebró y dejó así al descubierto la corriente del río. Me subí al tronco lo más rápido que pude y lo abrasé con las piernas quedando así colgada, esperando a que pasara Celeste. Cuando pasó Celeste, metí las manos en el agua helada, sentí tocar la muerte y la tomé por unos de sus brazos, no supe distinguir quien estaba más fría, si la corriente o ella, pero pude ver que su

rostro reflejaba una expresión de angustia y desesperación, sentí un hueco en mi alma, ella no hacía ya ningún intento por salir del río, ya no se movía. Papá, al verme colgada en el árbol, se acercó corriendo para ver qué pasaba, se subió a la rama y me amarró una soga a la cintura y después pasó la soga por una de las ramas más altas para subirme junto con Celeste. Fue en ese preciso momento en que la rama se quebró y cayó al río, rompiendo así todo el hielo; pude sentir cómo me arrancó a mi hermana y la corriente del río se la llevó tan rápido que no nos dio tiempo de nada.

-La tenía en mis manos y la solté.

No podía estar pasándome esto a mí, ni siquiera sabía dónde estaba. Me agaché, el hielo estaba quebradizo. Celeste había desaparecido. Llorando abracé a Plata, se zafó de mí, me mordió el pantalón, seguí a Plata y no me detuve hasta que llegamos a la cabaña de mis abuelos.

-Celeste, ¿estás bien? -preguntó mamá.

-Cariño, estás pálida, parece que hubieras visto a un fantasma -dijo mi abuela. Todos se rieron y yo fui al baño, me miré en el espejo. Estaba blanca y los ojos casi se me salían, el cuerpo me temblaba y no era de frío.

Cuando salí, mis papás ya se estaban despidiendo de mis abuelos; yo ya quería irme y quería que mis abuelos se fueran con nosotros. Celeste me había dicho que venía por su amiga que cumplía años y me daba temor que se fuera a llevar a mi abuela. No quise decirle que había visto a Celeste, porque no sabía cómo reaccionaría.

-Celeste, despídete ya.

-Mamá, ¿no se pueden ir mis abuelos con nosotros?

Aquí están muy lejos como para venir a verlos todos los días.

-Celeste, ya hemos hablado de eso con ellos y no les gusta la idea de dejar la cabaña para irse a la ciudad, ellos aquí son felices, aquí han vivido toda su vida.

-¡Pero mamá!, ¡tiene que ser ahora!

-Celeste, no insistas, despídete de tus abuelos, te están esperando.

Me despedí de mis abuelos. Subí al carro, miré hacia el bosque, no había señales de Celeste, pensé que tal vez no volvería, sonreí. Arrancamos. Mis abuelos volvieron a la cabaña, cuando cerraron la puerta, un brillo en el bosque desvió mi mirada; al principio era una pequeña luz, pero poco a poco comenzó a ser más grande... ¡era Celeste! Lo único diferente en ella esta vez, era que vestía de un blanco intenso. Se acercó a la cabaña, ella volteó y me dijo adiós con la mano.

-Papá, debemos regresar por mis abuelos.

-Será después.

-¡No, tiene que ser ahora!

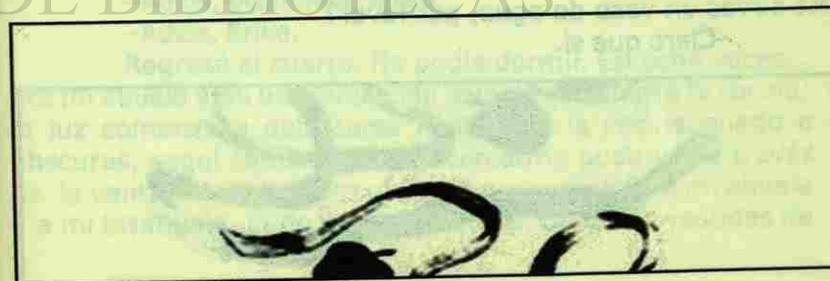
-¿Por qué ahora?!

-Porque Celeste, la amiga de mi abuela, está aquí, y me dijo que viene por mi abuela.

-Celeste, ¡qué gran imaginación tienes!

-Pero papá, es cierto.

-Celeste, ¿no me digas que crees en los fantasmas?



Miré hacia atrás, Erika estaba dormida en el asiento trasero.

-Despierta, cielo, ya llegamos.

Nos bajamos del carro. Mis papás nos recibieron, entramos a la cabaña.

-Antes, aquí vivían mis bisabuelos, y ahora viven mis abuelos. ¿Y mis bisabuelos dónde están?

-Bueno, ellos están en un lugar más bonito.

-¡Ah!, están en el cielo.

Después de cenar platicamos y Erika fue a curiosear. Un rato más tarde regresó y me dijo que quería dormirse, así que la llevé al cuarto.

Me levanté por un vaso de agua. Vi que había luz en la cocina, pensé que era alguno de mis abuelos porque mis papás estaban dormidos. No los desperté y fui a la cocina. Cuando llegué estaba una señora sentada en la mesa.

-Te llamas Erika, ¿verdad?

-Sí y tengo así -le mostré seis de mis dedos estirando los brazos.

-Seis años, ¡ya estás grande!

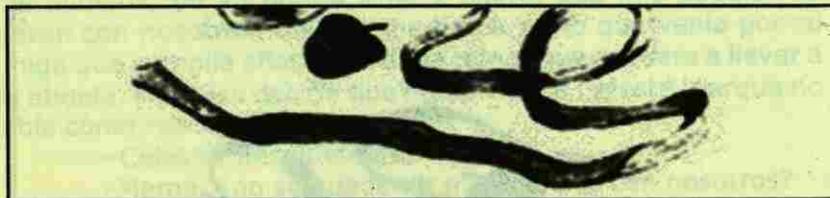
-¿Quién es usted?

-Soy Sarah, tu bisabuela.

-Ah, bueno, en ese caso no eres una persona extraña.

¿Me sirves un vaso de agua, por favor?

-Claro que sí.



-Mami dice que soy su bebé.

-¿Tu mami se llama Celeste?

-Sí -me dio el agua y me lo tomé-. Ya me voy a dormir.

-Que sueñes con los angelitos.

-¿Tú has soñado con ellos?

-Yo los he visto y he platicado con ellos.

-¿En serio?, mi mami dice que todos tenemos un ángel y que siempre nos está cuidando. ¿Conoces al mío?

-Sí, siempre me platica lo que haces.

-¿Sabes cuál es su nombre?

-Sí, se llama Angélica.

-¿Es una niña como yo? Cuando regreses a tu casa en el cielo y la veas, me la saludas.

-Con mucho gusto, Erika, pero ahora vete a dormir.

-Hasta mañana, bisabuela Sarah.

-En la mañana ya no estaré aquí, Erika.

-Pero está muy oscuro para salir.

-Debo irme en un rato más, sólo estoy esperando a tu abuela, ya no debe tardar en venir.

-¿Ella sabe que estás aquí?

-Aún no. Pero pronto lo sabrá.

-¿Volveré a verte? -le pregunté entre bostezos.

-Sí, pero aún eres muy pequeña, te queda mucho tiempo aquí.

-Adiós, bisabuela Sarah.

-Adiós, Erika.

Regresé al cuarto. No podía dormir. Escuché voces... era mi abuela y mi bisabuela. Me levanté y fui hacia la cocina; la luz comenzó a debilitarse hasta que la cocina quedó a oscuras, seguí caminando, al acercarme pude ver a través de la ventana una luz, era un brillo que envolvía a mi abuela y a mi bisabuela, pude verlas a las dos, brillando vestidas de

un blanco intenso, mientras se alejaban hasta que desaparecieron en el bosque.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Reservados todos los derechos. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la impresión en su totalidad.

Salutación 7

Prefacio 9

El Delator 11

Irma Margarita Godínez García

Día Jueves 21

Luis Fernando Gameros Amador

La Broma 29

César Horacio Alvarado Rodríguez

La verdadera historia de Pepe 35

Norma Yanett Guajardo Paz

Marte Falso 39

Gilberto Lázaro López

Luisa 47

Francisco Javier Garza García

El Niño 53

Carlos Israel Guerrero Mata

Querido Momo 57

Ana Gabriela Vega

Joey 61

Alva Cecilia Garza Campos

Historias Paralelas 75

José Antonio Vázquez Aceves



Salutación 7

Prefacio 9

Lista de autores 11



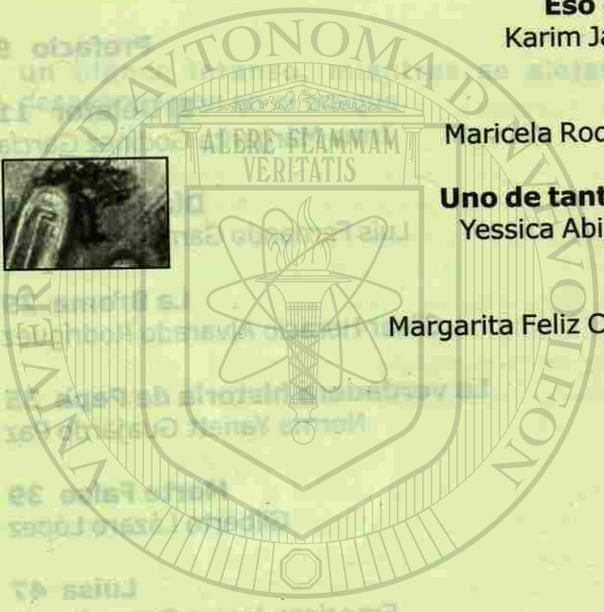
Lista de autores 11

Eso que te mata 85
Karim Jaziel Gauna López

La Esposa 91
Maricela Rodríguez Fernández

Uno de tantos crímenes 93
Yessica Abigaíl Peña Ramírez

Celeste 101
Margarita Feliz Cárdenas González

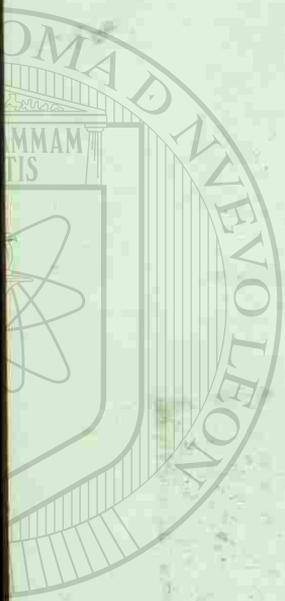


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS